

LA BODA

Carmen Resino

RUTAS DE ALTO RIESGO

Ignasi García

TEATRO
COLECCIÓN «PREMIO BUERO VALLEJO»

LA BODA

CARMEN RESINO

RUTAS DE ALTO RIESGO

IGNASI GARCÍA

XX Premio de Teatro BUERO VALLEJO
CIUDAD DE GUADALAJARA, 2004

CONVOCA:



PATRONATO DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA



EDITA:

SERVICIO DE PUBLICACIONES
PATRONATO DE CULTURA



Dirección Técnica de la edición: **Santiago Manzano**

IMPRIME: **GRAFICAS MINAYA, S.A - GUADALAJARA**

ISBN: **84-87874-42-8**

DEPÓSITO LEGAL: GU-115/2006

JURADO DEL XIX PREMIO
DE **TEATRO BUERO VALLEJO**
CIUDAD DE GUADALAJARA, 2004

- D^a MARÍA DEL MAR REBOLLO CALZADA
- D^a ANDREA PINCÚ REY
- D. MANUEL PÉREZ JIMÉNEZ
- D. JUAN MANUEL JOYA TORRES

LA BODA

CARMEN RESINO

PREMIO DE TEATRO BUERO VALLEJO, 2004

OBRA ESTRENADA

EL PRESIDENTE (Teatro principal. Teruel. 1970), CERO (Teatro Valladolid. Valladolid, 1970) COLISIÓN (Casa de la Cultura. Palencia, 1971) LIBRES EN PRIMAVERA (Teatro Valladolid, 1972) LA SED (Foro Teatral. Madrid, 1974), CAMINO DE DESTRUCCIÓN (Selección de poemas escenificados, Foro Teatral. Madrid, 1975) ¡DINERO, DINERO, DINERO! (Festival Internacional de Sitges, 1975) ULTIMAR DETALLES (Universidad de Cincinnati, Ohio, 1984) ULISES NO VUELVE (Festival de Teatro. Toledo, 1984) ESPEJOS ROTOS, Espectáculo formado por La Sed, ¡Mamá el niño no llora! Y Ultimar Detalles, (Cátedra de Extensión Universitaria de Gijón, 1984) PERSONAL E INTRANSFERIBLE, (Boesdaelhoeve. Bruselas, 1988, Televisión Española, la Voz Humana, 1988, Congreso Internacional sobre Dramaturgia española, Universidad de Cincinnati, Ohio, 1994) AUDITORIO (Lectura escenificada. S.G.A.E. Madrid, 2000), NO, NO PIENSO LAMENTARME (Gira por la red de teatros de la Comunidad de Madrid, 1996), LA BELLA MARGARITA

(Sala Boesdaelhoeve. Bruselas, 1990), POP Y PATATAS FRITAS (Teatro Reina Victoria. Madrid, 1991), EL OCULTO ENEMIGO DEL PROFESOR SCHNEIDER (Festival de Teatro Universitario. Universidad Complutense, Centro Antonio Machado, 1995) TEATRO MINIMAL, Espectáculo compuesto por La Actriz, la Sed, ¡Mamá el niño no llora, Auditorio y Ultimar Detalles. Teatro Principal. Palma de Mallorca, 1996), COSAS DE CABARET, espectáculo compuesto por Ultimar Detalles y Diálogos Imposibles. (Sala Triangulo. Madrid, 1996) LOS ERÓTICOS SUEÑOS DE ISABEL TUDOR (Teatro Romea. Murcia, 1997) LA SOIF: D´APRES CINQ PIECES COURTES DE CARMEN RESINO... (Théâtre du Petit Montparnasse. París, 1996), ¡AY, AMÁ! (Centro Cultural Villa de Rentería, 2001) LA RECEPCIÓN (Sala experimental “Pilar Aguirre” del Teatro Nacional Rubén Darío. Managua, Nicaragua, 2002) LAS NIÑAS DE SAN ILDEFONSO (Teatro del Borne. Palma de Mallorca, 2002)

CARMEN RESINO

Madrileña, licenciada en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, estudios teatrales por la Universidad de Ginebra, es actualmente catedrático de Historia de I.E.S.

Fue miembro fundador y presidenta de la Asociación Dramaturgas Españolas y miembro de la Junta Directiva de la Asociación de autores de Teatro. Pertenece a la Sociedad General de Autores y Editores, a la Aetij, a la Asociación de Historiadores y a la Sociedad General de Escritores.

Ha sido finalista en los siguientes premios: Palencia de Teatro, Lope de Vega, Tirso de Molina, Valladolid, Nadal, Torremozas, Tigre Juan, Nacional de Literatura Dramática y ha obtenido los siguientes Premios: Ciudad de Alcorcón, Gijón de Gijón, Mención de Honor del Felipe Trigo, Mención de Honor del Calderón de la Barca, Buero Vallejo, y Mejor Autor Español de la Boesdaelhoeve de Bruselas.

Ha colaborado y colabora en periódicos y revistas y ha intervenido en varios congresos, simposios y cursos de verano sobre teatro, en España y en Estados Unidos.

Algunas de sus piezas breves han sido emitidas por TVE en el espacio: “La voz humana”.

Ha sido traducida al francés y al inglés.

OBRA EDITADA

El Presidente, Quevedo, Madrid,1968. **La sed**, La Pluma, nº 3, Madrid,1980 **¡Mamá,el niño no llora!**, Los Cuadernos del Norte, nº 16,Oviedo,1982 **Ultimar detalles**, Estreno, Cuadernos de Teatro Español Contemporáneo. Universidad de Cincinnati, Ohio,1984, **Ulises no vuelve**. Centro Español del Instituto Internacional del Teatro, Madrid,1983) **Personal e intransferible**, Dramaturgas españolas de hoy. Patricia O´Connor. Fundamentos, Madrid, 1988. **Nueva historia de la princesa y el dragón**. Ayuda a la Creación teatral del Ministerio de Cultura. Lucerna, Madrid,1989. **Teatro breve. El oculto enemigo del profesor Schneider**. Ayuda a la Creación Teatral del Ministerio de Cultura. Mención de Honor del Premio Calderón de la Barca. Fundamentos, Madrid, 1990. **La actriz**. Edelsa. Antología de Textos Teatrales, Madrid 1991. **Auditorio**. Art Teatral nº 3. Valencia,1991. **Los mercaderes de la belleza. Los eróticos sueños de Isabel Tudor**. Fundamentos, Madrid 1992. **Pop y patatas fritas**. Ayuda a la Creación teatral del Ministerio de Cultura. SGAE,1991. **No, no pienso lamentarme**. Esencia de mujer . La Avispa, Madrid, 1995. **Las niñas de San Ildefonso. Spanish West**. Fundamentos, Madrid,1995. **Bajo sospecha**. Ayuda a la Creación teatral del Ministerio de Cultura. Antología Teatral Española. Universidad de Murcia, Murcia,1999. **La recepción**. Premio Ciudad de Alcorcón,1992. ADE, Asociación de Directores de Escena, Madrid,1997.**Teatro Diverso**, Universidad de Cádiz, 2001, **Personal e intransferible** “One-Act Spanish plays by Womwn about Women. Patricia O´Connor. Edición bilingüe. Fundamentos, Madrid,1998. **Teatro diverso: Ulises no vuelve, La recepción, De película**. Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, Cádiz, 2001. **...Son los otros**. Girol Books, Canadá, 2001. **El hijo polimorfo**. Asociación de Literatura Hispánica. Vol. XXIV,1998. **Amazonía**. Editorial La Buganville, Barcelona 2001. **Orquesta**. Antología Teatro Español. Girol Books, Canadá, Ottawa,2002. **La muerte de B.G. Kékeres**. Vigo,2002. **La última reserva de los pieles rojas**. Ayuda a la Creación teatral de la Comunidad de Madrid. Asociación de Autores de Teatro, Madrid, 2003. **Ultimar detalles**. Antología de Autores Contemporáneos. (Edición de Virtudes Serrano), Cátedra, 2004. **La boda**. Premio Buero Vallejo 2004. Servicio de Publicaciones del Patronato de Cultura. Ayuntamiento de Guadalajara.

CARMEN RESINO Y SU OBRA

Han pasado treinta y cinco años desde que Carmen Resino vio sus primeros textos representados. *Cero* estaba escrito antes de 1966 y se estrenó en 1970; el mismo año lo fue *El Presidente*, finalista del Premio Palencia también en 1966. La autora está relacionada en sus orígenes con el teatro surgido en torno al 68 con los llamados “Nuevos autores”; desde sus primeras obras pueden advertirse las preocupaciones propias de una generación que cuestiona el poder por considerarlo vehículo de opresión y superpone a cualquier decisión humana los designios de un azar imprevisible. Fácilmente perceptible es, así mismo, su tendencia a la experimentación formal, que la ha llevado a ensayar diversas fórmulas de expresión, adecuadas a la estética dominante de cada momento.

Carmen Resino hubo de alejarse algún tiempo de los círculos teatrales madrileños para desempeñar su cátedra de Historia en un Instituto de Oviedo, donde residía su familia y donde vio representadas algunas de sus piezas de la etapa vanguardista. La distancia ocultó su imagen y, cuando reaparece en los ochenta formando parte del grupo de dramaturgas que entonces luchan por darse a conocer, pareció a algunos que era también “nueva”, recién surgida con otras que comenzaban en el panorama teatral de la democracia. En 1986 fundó la Asociación de Dramaturgas, de la que fue presidenta y se afanó en llevar la voz femenina a las publicaciones y a los escenarios.

De los más de treinta títulos que componen su producción dramática, unos están ambientados en el pasado histórico, literario o ficcional (*El Presidente*, *Ulises no vuelve*, *La nueva historia de la princesa y el dragón*, *El oculto enemigo del profesor Schneider*, *Los eróticos sueños de Isabel Tudor*, *Bajo sospecha* (Tiempo de Gracia)); otros (*La sed*, ¡Mamá, el niño no llora!, *Formula tres*, *La bella Margarita*, *Auditorio*, *Personal e intransferible*, *La recepción*) obedecen a fórmulas estéticas de mayor estilización bajo la influencia de la neovanguardia de finales de los sesenta. Durante los noventa experimenta las nuevas fórmulas de realismo que retoman las autoras y autores jóvenes que desean conectar con su época y entrar en sintonía con un público que se ha de reconocerse en las criaturas y conflictos escénicos. Su primera obra en este sentido es *Pop y patatas fritas*, escrita en 1991 y estrenada el mismo año en el Teatro Reina Victoria de Madrid, con dirección de Víctor Andrés Catena. En ella acerca al receptor a unos personajes que se debaten ante las posibilidades que la vida les pone delante. Lorenzo López Sancho ("*Pop... y patatas fritas*, nuestro tiempo visto por Carmen Resino", ABC, 8 de junio de 1991, p. 92) calificó la obra tras su estreno de "Teatro vivo, libre, vital, gracioso y también triste, y afirmó que "pocas veces el escenario se convierte tan válidamente en vida".

Dentro de esta estética se encuentran también *De película*; *Son los otros*; *No, no pienso lamentarme...* o *La última reserva de los pieles rojas*, uno de sus últimos títulos publicados con el tema de la vejez, el abandono y la lucha por seguir viviendo, encarnados en dos ancianas de un asilo.

Elementos temáticos constantes en su obra son la soledad del ser humano, la acción del destino que somete los planes individuales a fuerzas incontrolables, y los problemas del teatro. Desde una perspectiva general, la búsqueda de la realización personal o de la justicia que fundamenta la temática de sus textos suele tener como final el infortunio, aunque no faltan dramas en los que queda abierto un resquicio a la esperanza con

personajes marcados por el signo del fracaso que consiguen dar la vuelta a unas trayectorias que parecían abocadas a la frustración.

Al filo del 2000, Resino mantiene abiertas todas las líneas de su trayectoria creadora con obras como *Orquesta*, escrita en 1999 dentro de la actitud vanguardista, *La Última reserva de las pieles rojas*, ya citada, y *La boda*, que ahora requiere nuestra atención por ser merecidamente ganadora del Premio Buero Vallejo. Esta pieza es un monólogo en un acto en el que se congregan algunos de sus caracteres más constantes. En una primera aproximación, pertenece por su estética al grupo de las encuadrables en el realismo, dado en buena medida por el sistema expresivo de la protagonista, que se desarrolla dentro de una fórmula coloquial posible en la práctica lingüística de alguien de sus rasgos socio-culturales y personales; ello acerca al personaje monologante, esa mujer de hoy, madura, soltera, de clase media, que ha vivido con una madre anciana, a tantas otras mujeres en tal situación.

El marco de presente en el que se desenvuelve el argumento, motivo redundante de su discurso, es un hecho de la historia de España reciente: la boda del Príncipe de Asturias en 2004. La presencia de tal suceso relaciona el texto con otros de marco histórico de Carmen Resino, en los que se ha movido con agilidad en múltiples ocasiones, pero da también cuenta del carácter actual de su teatro, si se advierte que la escritura del texto sucede casi inmediatamente al fasto palaciego. La constante presencia del personaje omitido de la madre, atraída a la realidad del escenario por el torrente verbal de la hija, coloca esta historia en la línea de *La sed*, donde una nieta inmisericorde se dirige a su abuela enferma y sedienta para echarle en cara el tiempo perdido con ella. En el texto de 2004, como en el de los años setenta Resino analiza conflictos de condición general tales como el egoísmo, la incomunicación y el remordimiento o el fracaso, enmarcados en personajes sin signos de identificación precisos. Entonces fueron Abuela y Nieta y ahora la madre y la Hija, denominaciones de amplio significado que extienden el ámbito del conflicto particular al término de lo humano.

La Hija se está preparando para asistir a la boda. Este hecho va a compenarle toda una vida de fracasos, cuyo acontecer desgrana a

partir de su monólogo. En él se enfrenta a su madre (“Una mujer fuerte, para jodernos más a los pobres mortales”), pero, al oponérsele, la Hija consigue que esta quede ennoblecida y dignificada, en tanto que ella va desvelando, sin advertirlo, sus propias deficiencias. Su vida entera resulta ser una ficción presidida por la frustración y los complejos; ni la madre con la que habla existe, ni existe el éxito que ahora tanto la satisface, y hasta es posible dudar de que exista el amante que ha de acompañarla a la Catedral de Madrid para presenciar la boda del “lado de la Epístola”. Resino demuestra una vez más su gran capacidad para entrar en el alma de sus personajes; desde el punto de vista de la revisión psíquica que la pieza contiene, son antológicas las secuencias relacionadas con la adquisición del vestuario y, sobre todo, aquellas en las que describe paso a paso el camino recorrido hasta llegar a comprarse unos zapatos de doscientos trece euros: “Se trataba de honor”. Su honor, que se habría visto mancillado, si su jefa, que le recomendó la boutique donde los vendían, hubiese comprobado que eran demasiado caros para ella; puesto que “en este mundo todo son falsas apariencias”; su honor habría sufrido una herida incurable si la dependienta que, según su percepción, pensó al verla entrar “¿Qué hace esta aquí?”, llega a tener razón; y, sobre todo, porque era cuestión de honor oponerse a su madre y al sistema de vida que había procurado inculcarle, basado en el trabajo y la autenticidad: “No, mamá, no se puede ir a pecho descubierto, jugando con todas las cartas a la vista, con la sinceridad a flor de piel. . . Eso, perdona que te diga, es suicida”.

La madre, aparente antagonista de la Hija, pasará a ser la figura positiva, con no pocos puntos de referencia con la propia autora, entre otros el ser dramaturga. Este proceso de identificación con sus personajes ya lo había llevado a cabo Carmen Resino en *La recepción*, donde coloca, en boca de algunos de los autores teatrales que forman el grupo protagonista, sus opiniones sobre las circunstancias de los creadores del momento y de su porvenir en la escena. Será la Hija quien, al enjuiciar a su madre menospreciando sus éxitos profesionales (“Siempre te gustó el teatro, para mayor inri lo escribías, sin éxito, pero lo escribías, y te crees

que todo es escena”) y recordándole que ha de caer en el olvido (“Ya ves en lo que te quedaste: cuando te mueras, en una reseña de andar por casa, y a lo mejor, ni eso”), traslade el sentir de la autora sobre su propia situación en el teatro.

En *La boda* recupera Carmen Resino otro de sus rasgos al permitir que la acción del destino provoque la catástrofe y destruya las ilusiones de la protagonista, circunstancias parecidas a las que vivieron los personajes de *Ulises* no vuelve, o de El oculto enemigo del profesor Schneider. La confesión velada de la Hija hace que el receptor perciba así mismo en la madre a una mujer que todo lo ha entregado por los suyos, a pesar de haber mantenido su profesión y que, al llegar a la vejez, como le ocurre a las dos protagonistas de *La Última reserva de los pieles rojas*, se ve abandonada. La senectud ha sido utilizada en la dramaturgia actual desde múltiples perspectivas; una pieza con la que guarda relación la que ahora nos ocupa es Remedios, monólogo de Pilar Pombo, donde una madre ya anciana reflexiona sobre lo que es y ha sido para sus hijos, aunque Remedios tiene el camino más expedito que Clara y Elena y, por supuesto, que esta madre, porque ha descubierto un nuevo sentido para lo que resta de su existencia. Con valor de símbolo trata Antonio Buero Vallejo la ancianidad y la demencia y así funciona también en *El okapi*, de Ana Diosdado. Constituye un primordial elemento de construcción dramática en las tragedias complejas de Alfonso Sastre cuyos protagonistas (Moisés, Filoctetes, Kant, Edgar Allan Poe) están en la última etapa de sus vidas. Podríamos nombrar aquí obras como *Una familia normal*, de Domingo Miras Sueña Lucifer, de Carmen Delgado o *El pasamanos* y *En el túnel un pájaro*, de Paloma Pedrero.

Como decíamos al comienzo, la obra conjuga elementos de la tradición dramática de Carmen Resino con otros de rotunda novedad. Se erige como espejo de vidas pero no deja de reflejar a su autora, de la que pone en superficie la actitud combativa que siempre la ha caracterizado. Presentarla en la colección de los Premios Buero Vallejo es, para quien estas páginas suscribe, un doble motivo de satisfacción: porque Carmen Resino nos descubre a una escritora preocupada por los problemas del

ser humano actual que se esfuerza en que los suyos vean la luz en las páginas del libro, y porque la denominación de este Premio nos sigue acercando hoy al gran autor que renovó la escena española de la segunda mitad del siglo XX.

Virtudes Serrano

LA BODA

Interior de un dormitorio de mujer de clase media. Al fondo, en el centro, frente al espectador, cama matrimonial sin hacer, con el desorden propio de alguien que acaba de levantarse. A la derecha, mesilla con teléfono, vaso de agua, cenicero con alguna colilla y cajetilla empezada, etc...y un poco más allá, una puerta entreabierta a través de la cual sólo se percibirá un espacio silencioso y oscuro. Esta puerta será referencia constante de la protagonista convirtiéndose en auténtico personaje antagonista. Y personaje es, aunque mudo, pues a ella se dirige constantemente LA HIJA, lanzándole sus preocupaciones, anhelos, recelos y odio. Puerta y espacio, constituirán su contraste, la conciencia de sí misma, su autoafirmación y su catarsis. Siempre que LA HIJA se dirija a su madre, lo hará a ese espacio contradictoriamente abierto y críptico. En la pared de la izquierda, ventana por la que apenas entra luz de mañana temprana, obligando a tener encendida la artificial. Cerca del proscenio, al fondo a la derecha, puerta cerrada, que se supone, comunica con las restantes dependencias de la casa y

con el exterior. En el proscenio, a la derecha, un poco esquinada, mesita con televisión; en el centro, se supone pero no se verá para no obstaculizar la visión del espectador, un espejo de cuerpo entero, y a la izquierda, también esquinado, armario sin fondo, del que sólo se verá perchas con vestidos, zapatos y otros enseres. Todo el dormitorio debe transmitir la sensación de desorden.

Al alzarse el telón, LA HIJA está sacando rápidamente vestidos y sombreros del armario y arrojándolos anárquicamente, sobre la cama.

LA HIJA es una mujer madura. No es guapa ni fea, ni gorda ni delgada. Es gris. Sobre todo gris. Se encuentra en bata y rulos.

HIJA — *(Mientras saca las cosas del armario y dirigiéndose hacia ese espacio interior silencioso y oscuro que permite entrever la puerta abierta) ¡Cállate, mamá! Si sigues chillando de esa manera, no puedo concentrarme y me voy a hacer un lío! La cosa es ya lo bastante peliaguda para que tú, encima, me pongas más nerviosa aún... Estoy hecha un lío. ¡Un lío, para que te enteres! (Cogiéndose la cabeza entre las manos) Me estalla la cabeza, imenuda noche me has dado, sabiendo lo que tengo hoy! ¡Tú siempre, tan oportuna, parece que andas buscando el momento peor, si te conoceré, que a egoísta... (Va hacia la cama y revuelve las cosas que ha ido arrojando. Parece buscar algo que no encuentra) ¡Y para colmo, esta precipitación, y lo peor de todo es que no voy a llegar, y si no llego, ¡me muero! ¡Te aseguro que me muero! ¡Una ocasión como ésta! ¡Por una vez que las cosas empiezan a salir redondas, y que me apetece una barbaridad! ¡Lo que más de este mundo!, y precisamente en un momento así, un momento que para mí*

es casi mágico, de cuento, bueno, sin el casi, imágico total!, vas tú y me quieres chafar la fiesta. ¡Siempre tan oportuna! *(Asomándose un momento a la puerta)* ¡Cuándo no has sido oportuna, mamá?... *(Breve pausa. Vuelve a su lío sobre la cama)* Pero lo peor es que no llegue, porque todavía tengo que hacer un montón de cosas; tantas, que no sé por dónde empezar... ¿A quién se le ocurre poner una boda y de estas campanillas, a las once de la mañana? ¡Al que asó la manteca! Porque hay que estar allí, colocaditos, una hora antes de que lleguen los novios para no estropearles el cortejo nupcial... ¡Claro que con este día! *(Va a la ventana y mira hacia arriba, como buscando la luz)* ¡Y que no levanta! No sé yo si la tendremos pasada por agua!.. *(Se retira y va hacia el supuesto espejo. Se mira el pelo con decepción. Empieza a quitarse los rulos casi furiosamente y a arrojarlos sobre la cama. Se cepilla el pelo con brío)* Tenía que haber ido a la peluquería, pero vistas las cosas, casi mejor: ¡entre la nohecita que he pasado y este tiempo, que también, a oportuno!... La boda tenía que haber sido a las seis de la tarde, para que pudiéramos arreglarnos tranquilamente, y sobre todo, dormir, porque con este madrugón, tú me dirás qué cara vamos a tener todos, *(se mira fijamente en el espejo)* que tengo unas ojeras hasta la boca... *(Saca unos útiles del armario y empieza a maquillarse. Volviéndose un instante hacia la puerta)* ¡Que te calles, mamá, que no quiero oírte! *(Seguirá el silencio)* Como mucho, he dormido dos horas. ¡Pero en fin!, no voy a quejarme de nada: estar invitada a esta boda ha sido mi consagración social, eso en lo que nunca creíste... *(Ha vuelto a dirigirse al interior)* Siempre pensaste que tú eras la única de la familia que tenía derecho a un status de campanillas... *(Se retoca el pelo y vuelve sobre lo dejado en la cama)*... Pero lo que me pone muy nerviosa a estas alturas, es no saber lo que voy a ponerme... *(Cogiendo una pamelita un tanto estrafalaria y*

mirándose al espejo) Dudo entre la pamelita, que cuenta ya con dos bodas en su haber, no demasiado gloriosas, lo que yo llamo el gorro frigio (*coge un gorro de forma cónica, y se lo pone*), lo cual, aunque me guste resultaría un tanto inoportuno por su connotación claramente republicana, tu casquete, mamá, (*se quita el frigio, coge un sombrerito gracioso y lo contempla con desprecio*), tan ñoño, pero tan exquisito, la verdad, no en vano te costó un huevo, o ir a pelo, haciendo claro alarde del más puro talante democrático. Seguro que no hay nadie que se atreva a ir a pelo: todos serán modelitos carísimos y a cual más extravagantes, (*mientras dice esto se intercambiará los modelos*) y esta pamelita (*vuelve a cogerla, a mirarla y a probársela*) de grandes almacenes, aunque no está mal, no, no, no está mal, me parece un poco pasada... (*Nuevamente hacia el interior*) ¡Que te calles, mamá, qué manía con el casquete! ¡No me gusta, entre otras cosas porque te gusta a ti, y contigo de fondo, no doy pie con bola!.. (*Asomándose a la puerta*) ¿Me has oído? ¡Déjame en paz, no seas egoísta! ¡Te he lavado, te he peinado!, parece mentira lo coqueta que eres aún a pie de tumba, que estás en las últimas, y te he dado todas esas medicinas que, no quiero ser cruel, pero ya no te sirven para nada... ¿Qué más quieres? (*Se retira de la puerta con gesto de cansancio*) Pero tú erre que erre, iegoísta!, que siempre fuiste una egoísta. ¡Estar yo con estas prisas, con estos dilemas, porque lo del sombrerito es un dilema, y tú, ivenga a vocear!, sabiendo como sabes, lo que me molestan los gritos. ¡Siempre exigiendo, siempre imponiéndote, como cuando se casó mi pobre hermano, y digo pobre, porque siempre le tuviste mártir, de acá para allá! Lo importante era tu toilette, querías ser la madrina diez, mejor que la novia, a egocéntrica no te gana nadie, y yo, ¡a freír puñetas!, y eso que era la hermana del novio y estaba en edad de merecer. (*Vuelve a dirigirse al interior apoyándose en el quicio de la puerta*) Sí, mamá,

era yo quien estaba en edad de merecer y no tú, que por muy incombustible que te creyeras, ya tenías más años que un loro... *(Sigue apoyada en el quicio, y su voz, unas veces se dirigirá al espectador, y otras, las de mayor énfasis, hacia el interior de la habitación)* Y yo tuve que sacrificar el tiempo de mi arreglo para ponerte a ti hecha un ídolo digno de veneración, no sé qué te pensabas, que te iba a salir un novio o algo por el estilo, en la boda de tu hijito del alma... o que había que besarte la mano en señal de pleitesía, como si fueras una reina, un papa o un capo de la mafia. Desde luego, más cerca estabas de lo último, porque de reina, inada!, eres una plebeya, aunque siempre te gustó presumir de familia exquisita; de Papa, menos, que eres una impenitente heterodoxa, y una atea...iya, ya verás ahora, cuando te mueras, lo que te espera por no creer! ¡Serás capaz de no confesarte, para ser consecuente con tus ideas!.. En cambio, iya ves!, de capo mafioso, sí te veo, que nos has querido organizar la vida a todos, ordeno y mando, pese a presumir de liberal. ¡Todo, menos liberal! ¿Dónde, digo yo, estará tu liberalismo, si eras, si eres una tirana?

Corte. Se retira de la puerta. Va hacia la cama, coge la pamela y se la vuelve a probar. Con aprobación:

Decididamente, la pamela. Es lo que va y lo que se aconsejó. Además pega perfectamente con el vestido. *(Lo coge de encima de la cama y se lo superpone)* que dicho sea aparte, me ha costado un congo. *(Pausa. Se quita la pamela y empieza a ponerse un vestido no demasiado glamuroso ni elegante)* ¡Lo que tuve que patear hasta encontrar algo aparente y que no me descolocara de por vida el presupuesto! ¡Todas las rebajas, una a una, todas las boutiques de arriba abajo, y ni por esas!, hasta que al fin di con él cuando ya estaba al borde de la desesperación y del agotamiento, y es que la gente importante

no se da cuenta de que con estas invitaciones, te hunden en la miseria, porque ¡claro!, no vas a llevar una licra miserable o una seda sintética, y luego está el capítulo de las firmas, que por cualquier diseño de mierda que no es ni diseño ni nada, te llevan un ojo de la cara y parte del otro. Y sin firmas, no eres nadie. Un paria, un pobre patán. De manera que hay que llevar firma, aunque sea una facha el modelito y tú estés hecha un horror. Pasa lo mismo que con la pintura moderna: no importa que al ilustre artista le haya salido San Antón, la Purísima Concepción o un gato persa. Lo importante es la firma, la rúbrica, el signo. Eso es lo que levanta millones de dólares y no lo que se pinte. Y con la alta costura sucede lo mismo. ¡Un consumo de vómito! Yo, después de quedarme casi sin piernas de tanto patear, encontré esto a medio camino entre lo fashion y lo cutre, ¡pero qué se le va a hacer!

Breve pausa. Se sienta en la cama. Enciende un cigarrillo. Fuma un poco convulsivamente.

... Y luego está el capitulito del regalo, porque ¡claro! No vas a regalar cualquier cosa... no puedes recurrir al dichoso florero, al marquito de plata y a esas memeces por el estilo... Aquí hay que apechugar con ediciones especiales, objetos de arte y la biblia en verso... ¡Pero en fin! Aunque me haya hundido el presupuesto, yo, tan ilusionada: ¡esta boda para mí es el no va más, la coronación de mi vida, la salida del anonimato, y todavía más, porque voy con Pepe, y esto es el súmmum! (*Revuelve y empieza ponerse unas medias*) ¡Por Dios, mamá, cállate un poco! Bueno, no sé por qué te lo pido por Dios, si tú no crees... ¿No ves que tengo que concentrarme? ¡Y tú muriéndote, precisamente hoy! Claro que conociéndote, todo puede tratarse de un truco miserable, que sé cómo las gastas: los días más importantes de mi vida, me los has chafado con

tus extravagancias: o estabas en enferma, o dando conferencias. A las fiestas de mi colegio casi nunca ibas: siempre tenías algo que hacer, algún compromiso profesional, pero ¡en fin!, reconozco que te esforzabas, aunque no lo bastante, pero lo que no te perdono es lo de mi puesta de largo en casa de Marisol. *(Dirigiéndose a la puerta)* ¿Te acuerdas de Marisol?...

(Nuevamente centrada en las medias) Siempre tuvo muchas pretensiones, pero luego se casó con un don nadie; tan don nadie que ni siquiera le han invitado a esta boda, pero entonces yo la admiraba mucho y fue un detallazo por su parte que me dejara ponerme de largo con ella. Tú, es verdad, me compraste un vestido monísimo, aunque a regañadientes... *(Nuevamente en dirección a la puerta)*

Sí, mamá, a regañadientes o al menos no con mucha ilusión, con esa ilusión que hubiera puesto cualquier madre para algo así. Estabas en contra de esas cosas, las llamabas tonterías, superficialidades, ¡yo promoción! *(recalca esta frase)* y pese al detalle del vestido, no estuviste en la fiesta, ¡con la ilusión que me hacía!: *(con evidente rencor)* tenías una conferencia en Estados Unidos... ¡Qué pisto te dabas, mamá, con tus conferencias y con tus libros! ¡Siempre pasándome por las narices lo culta y brillante que eras, para que yo me sintiera una inútil, una vulgar, una pobre chica del montón!... *(Por la media)* ¡Mecachis en la mar, me la he roto! Ahora a buscar otro par medianamente sano, no las voy a llevar de distinto color... *(Breve pausa. Revuelve, coge otras y las mira al traluz. Empieza a ponérselas)* La brillante, el diamante en bruto, ¡qué diamante!, ¡brillante de ochenta quilates lo menos, eras tú! ¡Sólo tú! Siempre, aparte de egoísta fuiste una asquerosa pedante: sabías más que nadie, eras más inteligente que nadie, lo que tú decías iba a Roma, que parecías un oráculo *(mientras va diciendo todo esto se calza las medias a tirones, con rabia, como para resaltar las frases)*, pero ahora con Pepe

(se dirige al interior) te he chafado el asunto de por vida: tu nunca tuviste un novio como Pepe, ni siquiera papá, y papá, tengo que reconocerlo, amores aparte, no era un cualquier cosa... *(Breve pausa)* No, con Pepe no puedes. ¡Pepe, es mucho Pepe! En cambio con Fede, imenuda lata me diste! "Ese chico no te conviene", me decías. ¿Por qué tenías que saber con esa seguridad que no me convenía? Respecto a mí, perdona, pero no puedes opinar, no puedes estar segura de nada: lo que a ti, quizás, te haría desgraciada, a mí no. ¡Somos tan distintas, afortunadamente! Sin embargo, aún no gustándote Fede, ¡bien te reías con él!, ¡bien que charlabais a mis espaldas, con complicidad, diría yo!, ¡anda que si te llega a gustar!, y es que a ti, mamá, todos los hombres te parecían bien, que eres una machista impenitente, pero de todas formas, ¡me machacaste!... *(Breve pausa. Se levanta. Se mira al espejo)* En realidad no sé para qué, porque Fede, la verdad, no me hizo ni puto caso. Quien le gustaba era esa sin sustancia de Charo, no sé qué vería en ella, los hombres siempre ven cosas que nosotras no podemos sospechar, pero el caso es que vio, tanto, que se casó con ella en cuestión de meses, dejándome hecha un trapo, la verdad, porque yo, me había hecho ilusiones. Por tanto, mamá, podías haberte ahorrado el trabajo de sermonearme y hubieras quedado bien, al menos discreta, cosa que no eres. *(Breve pausa. Con renovados ánimos a la puerta)* Ahora también te metes con Pepe, ¡cómo no!, ¿pero qué tienes que decir de Pepe?

¡Moribunda y todo, coqueteas con él, no creas que no me he dado cuenta! Es tu inercia, esa inercia de mujer devoradora, esa inercia que no parará hasta que cierres el ojo. ¡Pobre papá! Tu siempre poniéndole por las nubes, hablando maravillas de él, pero a mí no me la das. ¡Eres una promiscua, no tienes principios ni nunca los tuviste! ¡Ya verás ahora cuando te mueras! Ahí, a donde vas a ir dentro de un cuarto de hora como quien dice, no hay trampa ni

cartón: todos vamos con nuestra vida escrita, sin dobles lecturas ni caracteres equívocos. Pero ahora, mira por donde, te quedas con las ganas, porque Pepe es mío y tú ya estás con un pie en el otro lado, bueno, prácticamente con los dos. *(Breve pausa. Casi metiéndose en la habitación)* ¡No protestes, mamá! ¡No estoy diciendo más que verdades como puños!

Transición. Mira con preocupación el reloj.

Y sobre todo, no me distraigas. Ya pasan de las ocho y media y Pepe sin venir. *(Coge el teléfono. Marca con decisión)* Pepe, ¿qué haces?... ¿dónde estás?...

¿Todavía?... ¡Tenemos que estar antes de las diez! Pues yo, ¡qué voy a hacer a estas horas? ¡Arreglarme a toda velocidad! Como no te des prisa no llegamos y esto sí que no te lo perdono, con la ilusión que me hace... *(Escucha un momento y se asoma un poco a la puerta. Bajando la voz)* Bueno, ¡fatal! ¡Menuda noche! Lo que yo te diga!...Vamos, creí que se me quedaba... Luego se repone, y a seguir fastidiando, ya sabes cómo es, no tiene ninguna consideración sabiendo lo que tengo encima... ¿Qué dices de la corbata? Te oigo fatal... Hijo, yo te encontraba guapísimo... Bueno, la que sea, pero ¡por favor, espabila, ya sabes lo nerviosa que me pongo, no me tengas en un brete, que me puede dar algo!... *(Cambiando el tono a otro más tierno e insinuante)* Sí, amor, claro que sí... ¡iguapo, te quiero, un beso fortísimo! ¡Hasta ahora mismo! *(Cuelga con gesto de ensimismamiento, para enseguida volver a dirigirse a la puerta)* ¿Has oído, mamá? ¡Un beso fortísimo! Cosa que tú ya no puedes dar, porque eres casi un cadáver... Ya no hay besos más que para la muerte...

Pausa. Vuelve al espejo y a su labor contemplativa. Coge un chal y se lo pone por los hombros.

Pues sí, no me queda nada mal... y ahora con el chal y los zapatos, voy de cine. *(Se adelanta por el proscenio como si se acercara al espejo para mirarse fijamente)* ¡Si no fuera por estas malditas bolsas! Cualquier día me hago la estética y me corto de aquí y de allá, porque yo con un buen lifting quedo para muchas batallas todavía, y ahora que empieza de lleno mi vida social... *(Coge del armario una caja de zapatos. La abre y saca con mucho cuidado, como si se tratara de una joya, unos zapatos de fiesta)* Los zapatos son un amor. En comparación, más caros que el vestido. ¡Pues no me recorrí pocas zapaterías! ¡Casi un mes buscando hasta que di con ellos! Tenía que encontrar el tacón exacto, el punto justo entre la elegancia y lo sexy, sin renunciar a ninguna de las dos cosas, ¡y mira qué es difícil!, porque si te pasas de sexy, la has cagao, y más en una ocasión como esta...todo, menor ir dando el cante... Vi algunas sandalias divinas, pero no me parecía adecuado ir con los dedos al aire, y más con este juanete tan antiestético que tengo. Tenían que ser abiertos por detrás, pero cerrados por delante. *(Exhibe uno de los zapatos que responden a estas características)*. Lo que acabo de decir: a partes iguales entre la distinción y lo exquisitamente femenino. *(Esto último lo ha dicho con voz ñoña, como si no creyera mucho en ello. Se sienta en la cama. Se los pone y contempla con cierto narcisismo)* Elegantes, por delante, estrechitos y puntiagudos; sexys por detrás, con su tacón de aguja sabiamente proporcionado, que no parezca que vas de puntillas o en difícil equilibrio, y más yo, que no soy alta, y abiertos, para que se vea bien el tobillo y el inicio de las piernas, que a decir verdad, las tengo bastante potables... *(Alza las piernas. Exhibición de éstas y de los zapatos. Luego se pone de pie y los contempla en el espejo por delante y de lado)* ¿Seis, siete centímetros? La verdad es que las cosas se ven diferentes desde esta altura... Lo que pido al cielo es que no

me muerdan, porque la jornada va a ser de aúpa, maravillosa, pero de aúpa, y todo es posible en este mundo traidor, pues encima yo tengo unos pies delicadísimos. ¡Tendría gracia que a pesar de lo caros, me hicieran daño!...

Breve pausa. Vuelve a la operación del maquillaje que dejó interrumpida. Para sí:

¿Cómo irá la novia? ¡Monísima, seguro, con cualquier cosa que se ponga, pero es que además no será cualquier cosa... ¡Menudas firmas y menudos joyones! ¡Si no los lleva ella!..

¡Ya la querría yo ver con mis tacos a cuestras y mis modelitos de andar por casa! El vestido será una maravilla, seguro, y no esos que he tenido que ver hasta ahora. Todos los vestidos de novia de mis amigas, incluido el de Marisol, de quiero y no puedo. Pero ¿qué se puede esperar, si son todas unas cursis, gente de medio pelo? Y tan de medio pelo: por eso ninguna va a esta boda. ¡Si lo que a mí me ha sucedido es un milagro!, (*vuelve a dirigirse a la puerta*) aunque tú, mamá, tampoco crees en milagros, pero a veces existen, y la prueba es que yo voy y ellas no, lo cual es una satisfacción más. Yo diría que casi, casi, la mayor. Si mis amigas fueran, no me haría ni la mitad de ilusión. Pero,

¿cómo van a ir, si son como son, si he tenido siempre unas amistades de lo más vulgar? y eso, mamá, que te preocupaste de que fuera a un buen colegio. Bueno, lo de buen colegio, lo cacareabais tú y papá, porque papá decía amén a todo lo que tú decías, pero el colegio de marras, aunque enseñaban bien, he de reconocerlo, no era precisamente la *crème de la crème*. Era un colegio popular, público, como a ti te gustaban. Tú amabas lo público, con esa vulgaridad que te caracteriza, y papá, por seguirte la corriente, el muy calzonazos, también. ¡Qué iba a decir el pobrecito, si le tenías sorbido el seso! (Breve

pausa) Tú considerabas que un buen colegio era aquel en el que los profesores enseñaban bien, el que se preocupaba de los conocimientos, de las lecturas, de la preparación para la vida... pero yo entiendo que la preparación para la vida es otra cosa: por mucho que sepas, si no tienes amistades adecuadas, no hay nada que hacer, al menos en este país. Yo hubiera preferido ir a un colegio bien, aunque enseñaran mal. Fíjate mamá que digo bien y no bueno. ¡Bien! Donde las niñas tuvieran maravillosas casas, criados y coches de lujo. ¿Con quién trataba yo, mamá, en aquel colegio bueno, tan ensalzado por ti? Con gente corriente y moliente, de todo pelaje, esa gente que tiene que sudar un huevo para abrirse camino. Tú, con tu particular clarividencia, decías: “ los niños tienen que tratar con todo tipo de gente”. Ese era tu lema, tu máxima teoría pedagógica: la mezcla, el barullo, la confusión. Eso, la confusión. Como la que tengo ahora.

Pausa. Coge un cigarrillo. Busca el mechero por todas partes, incluso debajo de la cama, y puede decir algo al respecto. Finalmente enciende con una cerilla. Aspira con intensidad. Vuelve a mirar el reloj, va rápida al teléfono y marca.

Pepe, ¿dónde demonios estás?..¿Todavía? ¡No puede ser, luego dicen de las mujeres!... ¿Qué quieres, que me dé un infarto? Es que me pongo de los nervios, lo sabes, y más en una ocasión como esta... No, no te rías, parece que lo haces adrede, como mi madre... *(Buscando nuevamente por la mesilla y por la cama)* Oye, ¿por casualidad me dejé el mechero en el coche? Sí, el Cartier... Míralo, por favor, no lo veo por ningún sitio... ¿cómo no me voy a preocupar si me lo regalaste tú?...Sí, ya sé que no puedo fumar, no te preocupes, que sí... que sí... ya sé que es malísimo y además antiglamour y síntoma de plebeyez... El tabaco, dicen, es el escapismo de los pobres, de los incultos y todo eso, ¡en fin!, por decir

que no quede, pero no puedo dejar de fumar y más cuando estoy nerviosa y en estos momentos estoy de atacar... Prométeme que te darás prisa, que no me tendrás en ascuas, como acostumbras... Y no te olvides de las invitaciones... ya, ya, ipero a veces gastas unos despistes!... que sí, por mi no hay problema: solo pintarme y salir pitando... ¡Hasta ahora! (*Cuelga*) ¡Cómo voy a dejar de fumar si me pone estresadísima! Y además, que es difícilísimo y yo no tengo fuerza de voluntad, y no tengo fuerza de voluntad porque no me da la gana tenerla: ¡todas mis amigas que lo han dejado se han puesto como cetáceos! Y a mi edad perder el tipo es todo un cataclismo. ¡Madura y gorda! ¡Lo que me faltaba! (*Fuma con delectación. Breve pausa. Nuevamente a la puerta*) La culpa del tabaco, perdona, pero también la tienes tú, mamá. Ya sé que tu no fumas, bueno ahora es obvio, que nunca fumaste, nada más que ese pitillo necesario para quedar bien, porque antes se quedaba bien ¡ya ves qué cambios!, no como ahora, y toda mujer que pretendía estar al día y ser mínimamente elegante, tenía que echarse unas caladas..., pero tú lo justo, no como papá, que era una chimenea. Tú, lo justo, ¡cómo no! ¡Todo controlado! ¿Cómo podías hacerlo para fumar esos cuatro o cinco como máximo y no entrarte una ansiedad de caballo? ¿Cómo podías mantenerte en esa línea, en esa barrera que todos acaban saltando, en ese filo de la navaja entre lo chic y el enganche? Yo pienso que porque no te gustaba. No podía ser de otra manera. Tú te controlabas en todo porque nada te gustaba de verdad: ni fumar, ni comer, ni beber... ¡Yo pienso que ni follar, mamá!... (*Breve pausa*) Tú podías pasarte sin nada. Eras un espíritu puro. ¿Qué se puede esperar de un ser que no tiene ninguna debilidad, ningún vicio? ¡Es antihumano, mamá, completamente antihumano! Y así, mientras tu consumías cigarrillos asépticamente, sin engancharte, yo me enviaba cada día más. ¿Por qué no me lo prohibiste, si sabías que era malo para los pulmones y para el cutis, o es que no te importaba mi cutis? ¿Por qué? ¡Pero claro, a ti no te gustaba

prohibir, sino aconsejar, dejar todo al libre albedrío de cada uno, esa estúpida teoría, y con ello me humillabas todavía más: ponías en evidencia mi debilidad, el estar hecha de una pasta bastante más mediocre. ¡Libre albedrío! ¡Sí, sí! ¡Sobre todo, libre, con lo mediatizados que estamos! ¡Hay que prohibir, mamá, hay que prohibir! Si yo hubiera tenido hijos, les habría prohibido casi todo. Mejor acostumbrarles: vivir, es una prohibición permanente.

Sale un momento por la puerta de la derecha rumiando cosas ininteligibles, para volver enseguida con una bandeja y un servicio de café. Lo dejará encima de la mesilla, se servirá y beberá después de agitar nerviosamente la cucharilla.

¡Es como lo del café! ¡Todo el día con el dichoso café! Sí, tengo que reconocerlo: soy una adicta al café. A otras cosas, no, la verdad, me dan un miedo atroz, pura cobardía, que si te descuidas te quedas tiesa o con el hígado hecho polvo... Otras cosas, ¡no! ¡pero café y tabaco! Tabaco de todas las marcas, y hasta puros, si no encuentro otra cosa, y café en todas sus variantes: con hielo, solo, con leche, cortado, capuccino, americano... ¡de cualquier manera! *(Breve pausa. Hacia la puerta)* A ti tampoco te gustaba el café. Tú eras del té. Di, mamá, ¿a que tampoco te gustaba el café?

¡No te digo! A ti no te gustaba nada, no tenías adicción a nada o lo disimulabas muy bien... Lo único a lo que tenías adicción era a los libros, pero da la casualidad que eso no es censurable sino que se considera mérito. ¡Ya ves! Hasta tus adicciones eran meritorias, que parecías Doña Perfecta. Tu eras, mamá, lo que llamaban los clásicos una mujer fuerte, para jodernos más a los pobres mortales.

(Se levanta, da unos paseos por la habitación. Se toca los pies con gesto de fastidio y por los zapatos) ¡No, si todavía

me van a hacer daño, los muy cabrones, después del peregrinaje que me costó encontrarlos, que me pateó todo Madrid y parte del extranjero, y de lo que me costaron, que esa es otra: idoscientos trece euros nada menos! idoscientos trece de mis entretelas!, ¡Tenía que acabar la cifra en trece para mayor inri! Cuando vi el precio me quedé petrificada con ellos en la mano, sin saber qué hacer, bueno tirarlos lo más lejos posible para evitar tentaciones, pero finalmente me los compré después de un momento de vacilación, de esos momentos en que el sentido práctico y el del honor, eso que ya no se lleva, estuvieran en juego. Porque de eso se trataba: del honor. No podía decir que no: en primer lugar, porque era la boutique que me había recomendado mi jefa, una elefanta que habla ex - cátedra en materia de marcas, modas y pedrigree. ¡Doscientos trece euros de mi vida, cuando a mi cuarenta para unos zapatos ya me parecen mucho! Y la culpa de que me parezcan mucho cuarenta euros la tienes tú, mamá, como de casi todo, por haberte empeñado en que mirara el dinero, ese fruto del trabajo, decías, en que no me dejara seducir por las falsas apariencias... ¡Falsas apariencias! En este mundo, mamá, todo son falsas apariencias. Sólo existe de verdad el hecho de nacer y el de morir, y para eso también con su parafernalia, y si no sigues el juego, ¡caput! (*Breve corte*) No, mamá, no se puede ir a pecho descubierto, jugando con todas las cartas a la vista, con la sinceridad a flor de piel... Eso, perdona que te diga, es suicida... Hay que involucrase en falsas apariencias y cuanto más falsas, mejor. ¿Qué conseguiste tú en toda tu puta vida de trabajo, valiendo como valías, eso, la verdad, tengo que reconocerlo? ¡Pues trabajo y nada más! Sí, ya sé que eras casi, casi, una notabilidad, pero te faltó el casi, y ese casi es el todo. ¡Que no me deje llevar por las apariencias! ¿En qué planeta vivías, mamá, y digo vivías, porque lo que tú haces ahora es vegetar, ultimar de manera nada gloriosa ese tramo del “largo camino hacia la noche”, que esperemos, no se te

ocurra traspasarlo hoy, con todo lo que tengo que hacer. (*Breve pausa. Nuevo sorbo de café y calada de cigarrillo*) Pues sí, te equivocaste, mamá de medio a medio. Hoy día, y pienso que a lo largo de eso que llamamos historia, los únicos que de verdad han vivido, los que se han llevado el gato al agua, han sido los amantes de las apariencias: los exquisitos, los glamourosos, los exigentes, los fashions, los que no se conforman con cualquier cosa, los que luchan por el aquí y el ahora, los que en resumidas cuentas no miran el precio de unos zapatos. Yo sí, yo sí los miré, y por tu culpa me quedé a punto de no comprarlos, pero finalmente me lancé como si se tratara de un principio, de una cuestión de honor. Me dije: si no eres capaz de comprarte para esa boda, para esa ocasión única y excepcional unos zapatos como estos, es que eres una mediocre total, una pobre chica que no tocará nunca el triunfo. Y me decidí, aunque en aquel momento la decisión me saliera del páncreas, del hígado, de la bilis y del intestino grueso, de lo que tuve que violentarme. Me decidí porque en primer lugar, como te dije, fue la boutique que me recomendó mi jefa y en segundo, porque tenía que chafar a esa dependienta con tanto estilo y que me miraba perdonándome la vida, convencida, la muy estúpida, de que nunca podría ser clienta suya. Nada más entrar ya me había echado un vistazo de arriba abajo escéptico y totalmente despectivo, como diciendo ¿qué hace ésta aquí? Cuando le dije que me los llevaba, se quedó de un aire, casi descompuesta la tía, del chasco que se pegó. (*Breve pausa. Sonríe con cierta malévola expresión*) Sí, mamá, en las tiendas carísimas, te desnudan nada más te echan el ojo. En un momento calculan lo que llevas encima, y de acuerdo con la valoración, te sonríen abiertamente o te ponen cara de un asco moderado. Yo, casi siempre he recibido esta última acogida. Por eso, tenía que comprar estos jodidos zapatos aunque digas que es una barbaridad: por mí misma, por esa dependienta estúpida y por mi jefa, para que cuando al

día siguiente me preguntase con esa cara de asco camuflada de falsa amabilidad que me dispensa, si había encontrado lo que buscaba, yo pudiera contestarle: sí, por supuesto. No sabes cómo te lo agradezco, es una tienda maravillosa... No sé si dije espectacular... ella dice mucho lo de espectacular, aunque no venga al caso, y me he comprado unos zapatos ideales... ¡Ya pueden serlo, demonio! Ella dice mucho también lo de ideales. Todo, según ella es ideal, espectacular y maravilloso, y es que antes muerta que sencilla. (*Breve pausa*) Mi jefa, lo noté, se quedó de piedra, casi tanto como la dependienta, al verme toda triunfal derrochando euros, y no con esa cara de perrito apaleado que esperaba ver, y que suelo lucir. Y yo, ante su desilusión, desolación casi, noté que ascendía vertiginosamente de categoría, y que de pronto, ya no la consideraba mi jefa, sino mi igual. ¡Que digo mi igual! Ella ya no era jefa ni nada. Era un simple gusano sugerente. (*Golpeándose el pecho en plena autoafirmación*) ¡La jefa era yo, que podía comprarme unos zapatos de doscientos trece euros, y que además, estaba invitada a LA BODA, la boda con mayúsculas, mientras ella no tenía otra salida que verla por televisión, como todo el mundo! Y todo gracias a Pepe. ¿Has oído, mamá? ¡Gracias a Pepe, aunque a ti, lo sé, no te guste, como no te gustaron nunca ninguno de mis novios ni de mis amantes!. Pero aunque no te guste, o quizás por eso mismo, soy la compañera de Pepe. Bueno, tú que siempre presumiste de culta, dirías... (*Burlona*) ¿qué dirías, qué apelativo darías a nuestra relación? ¿Que soy de Pepe, según tú?... ¿Coima, barragana, querida, amante, puta, compañera sentimental?... ¿que soy, quieres aclarármelo?... Lo de compañera sentimental ya sé que no te gusta, que te parece inexacto, vulgar e inadecuado. En eso, ¡ya ves!, te doy la razón por una vez. En lo único. En realidad, la mayor parte de los llamados compañeros sentimentales, no tienen nada de compañeros del sentimiento. De eso, muy poco, por no decir nada. ¡Compañeros

sentimentales!... ¡Qué bonito sería! Demasiado para ser cierto. En todo caso, compañeros carnales. ¡Eso sí! ¡Carnales, mamá, porque todo lo que no es ayuntamiento carnal, como tú dirías, tan académica siempre, no les interesa. ¿Sentimientos? ¡Cero! ¡Compañero sentimental!.. ¡Menudo engaño! ¿Qué tendrán que ver las churras con las merinas? , ¿el sexo con el sentimiento? ¿O sí?... ¿O todo es en resumidas cuentas lo mismo?

Corte. Se vuelve a servir café y a tomárselo después de agitar convulsivamente la cucharilla.

Según eso, yo no soy la compañera sentimental de Pepe, sino la coima de Pepe, la barragana de Pepe, la querida de Pepe, la manceba de Pepe, la mantenida de Pepe, bueno, eso menos, la ramera de Pepe, la querida de Pepe... (*dicho esto en tono ascendente entre la pena y el reto*) ¡Que no, que no me callo, mamá, y no chilles! ¡Sí, sí, la puta de Pepe o llámalo como se te antoje, pero gracias a él, y sólo gracias a él, voy a sentarme en la catedral al lado de la Epístola!

(*Breve pausa. Cambiando de tono*) Yo hubiera preferido la del Evangelio, donde se van a sentar todas las testas coronadas, pero en fin, algo es algo, porque ese bendito lado de la Epístola y pasar con Pepe por la alfombra roja, es mi consagración social, aunque no me case.

(*Nuevamente chillando hacia la puerta*) ¡Que te calles, mamá y no me interrumpas! ...Sí, de acuerdo, la barragana y la puta, pero a una altura, que tú, pese a tus encomiables esfuerzos y todo tu sacrosanto matrimonio, no pudiste lograr.

(*Pausa*) Ya sé que me reprochas que Pepe no se case pudiendo hacerlo, porque Pepe está divorciado, ¿o viudo? ¿o ambas cosas a la vez?...Nunca me acuerdo de cual es el verdadero estado civil de Pepe, pero lo que sí sé, es que está libre y que además, no tiene hijos. Entonces, ¿por qué no se casa Pepe? ¿Por qué no

te casas, Pepe, hijo de la gran puta, si puedes, y además eres mayorcito?... Bueno, no te saldrá de los cataplínes, no veo otra explicación, ¡qué le vamos a hacer, hay que admitir las cosas como vienen!, y si te digo la verdad, no me importa en absoluto. *(Nuevamente hacia la puerta)*

¿Te enteras, mamá? ¡ No me importa en absoluto que Pepe no se case! Estamos en una sociedad libre y yo puedo pasearme de su brazo por la alfombra roja, delante de todo el país, pese a ser su coima, su barragana, su querida y todo el *susum corda* que se te antoje. ¿Y todo por qué? Porque sé vivir y me sacudí de encima todas esas pamplinas, cosa que tú, perdona, nunca supiste. ¡Siempre del brazo de papá, que sí, reconozco, era bastante potable y elegante, mucho más guapo y más elegante que tú, pero con un sueldo relativamente modesto: los dos como dos vulgares burgueses, sacándonos de paseo y llevándonos la merienda al parque...; toda la vida quietecita, a su lado, esforzándoos según tú por sacarnos adelante, sólo según tú, porque adelante, lo que se dice adelante, me ha sacado Pepe, como el matrimonio casi perfecto, que perfecto, lo que se dice perfecto, no debe haber ni uno. Pero ¡ya ves!, a mí no me la das! Yo no creo que hayas estado tan enamorada de papá como decías, a pesar de lo guapo y de todos los etcéteras, como yo de Pepe. Vamos, ¡que no! Una librepensadora, una heterodoxa como tú no puede cumplir debidamente con su matrimonio, porque entre otras cosas, nunca creíste en el matrimonio. ¡Que te calles, mamá, y no me repliques! ¡No creíste! No lo decías porque quedaba mal y tú guardabas las apariencias, pero lo sé, lo intuyo, estoy segura. ¡No crees! *(Golpeándose el pecho en autoafirmación)* ¡Yo sí, yo sí creo, aunque no esté casada, porque, entre otras cosas, soy mucho más conservadora que tú, lo que tú nunca serás ni aún muerta, y aunque te falte tan poco como te falta, que a estas alturas ya podías reflexionar!... Lo que te pido es que no sea hoy, ¿oíste? ¡Muérete cuando quieras,

menos hoy, porque no pienso hacerte caso! ¡No empieces con tus monsergas y tus angustias! La vas a palmar, mamá, eso fijo, te pongas como te pongas, pero eso sí, después de la boda, de LA BODA con mayúsculas. Hoy, prohibido morirse.

Corte. Vuelve sobre su arreglo para interrumpirlo cada dos por tres para dirigirse a la puerta.

¡Qué ibas a creer tú en el matrimonio! ¡Ni en el matrimonio ni en nada! Tu vida ha sido una gran mentira, una gran farsa. ¡Ya, ya verás ahora, cuando te presentes ante la justicia divina! Ahí, ahí, no valen disimulos, no hay trampa ni cartón. Nos presentamos desnudos, sin posibilidad de camuflaje. ¡Qué ibas a creer! ¿Por qué entonces tanto hablar de independencia, de espacios, de respeto a la labor de cada uno? Todo eso es una falacia, como todas las que me has largado. En el matrimonio no puede haber independencia, ni espacios, ni memeces. En el matrimonio, si de verdad crees en él y estás dispuesta a que dure, hay que joderse, mamá. Esa es la única regla, el sempiterno código, y todo lo que tú decías sólo se dice cuando uno quiere seguir siendo la cabra que tira al monte. Tú, mamá, eras un estado dentro del estado del matrimonio, y en cuanto a estar enamorada de papá... ¡una higa!...(Yendo hacia la puerta y asomándose por ella) ¿Por qué, entonces, estabas tan serena el día que se murió y los días siguientes?...Si le hubieras querido tanto, como te llenabas la boca, hubieras sido una viuda inconsolable, sin capacidad de reacción, paralizada por la pena, pero nada más lejos de ello. Te recompusiste enseguida y hasta volviste a estar guapa, según algunos, que guapa, lo que se dice guapa, nunca te vi. Tú eras la mujer fuerte, la Agustina de Aragón de la viudez, la entereza en persona, yo hasta diría, la alegría en persona, porque todo lo que no es desesperación, es alegría. “No me gustan los aspavientos ni los dramas”, decías. Eso se

dice muy bien, cuando no se quiere, cuando sólo se quiere uno a sí mismo, ¡egoísta, que eres una egoísta!, pero a mí me pasa lo que a ti, yo me quedo sin Pepe, y ¡vaya!, me tiro al metro en la hora punta para mayor publicidad! Un suicidio entre democrático y chic. Tú, sin embargo, nunca te tirarías al metro, ni al tren, ni de un octavo piso... No, ahora ya sé que no, que no puedes moverte... Ahora habría que tirarte, sino antes, cuando estabas bien espabilada y coleando. De haber querido a papá como yo quiero a Pepe, no te habrían faltado ganas... Pero tú no. Siempre tan entera, tan impasible ante la desgracia, tan heroína sin par, como cuando se murieron los abuelos y ese hermano que querías tanto. Tú no. La pena, decías, se tiene que tratar con pudor. Todos los sentimientos deben tratarse con pudor. Muy bonitas palabras, sí, ¡pero mentira, todo mentira!, como casi toda tu vida. En el fondo, lo sé muy bien y aunque intentes disimularlo, eres una histérica y una desequilibrada, porque esa contención tuya también es patología, también es desequilibrio. ¡Que te calles, mamá, no chilles, que me rompes los tímpanos! ¿Lo ves como tengo razón y eres una histérica?

Corte. Coge nerviosamente la cajetilla, enciende un cigarrillo empieza a dar vueltas como un animal enjaulado.

Recuerdo aquella faena que me hiciste... pero esta vez no, no me haces morder el anzuelo. Sabías la ilusión que tenía por aquel viaje... el invierno había sido larguísimo: no hizo más que llover y un frío... tenía ese invierno metido en los huesos... Y tú sabiendo lo que necesitaba largarme al Mediterráneo a empaparme de sol, te pusiste enferma, haciendo gala de tu oportunidad habitual o de tu mala leche, que uno no sabe ya... Ya, ya sé que no te pusiste de pronto: estabas mala desde hacía tiempo, ¿o eras mala, mamá? No es lo mismo ser que estar, pero ¡bueno!, admitamos que ya estabas mala, enferma,

quiero decir, eso dijeron los médicos. Tan enferma y tan mala, que ya no había nada que hacer. Pero yo no podía renunciar a aquel viaje después de ese interminable invierno y además me daban náuseas nada más entrar en aquel hospital y en aquella sección de desahuciados. No podía, mamá, créeme, me era imposible...Me pasó como aquella otra vez, cuando tenía diecisiete años y me habían invitado a aquel cumpleaños que me hacía tanta ilusión porque iba Rafa, ese chico de la pandilla parecido a Rock Hudson que me gustaba tanto, no como Pepe, no, tampoco hay que exagerar, pero me gustaba. El día anterior él me había dicho de una manera bastante insinuante o a mí me lo pareció: “nos veremos mañana, porque irás, ¿no?” y ese mismo día, ese mismísimo día a ti se te ocurre ponerte con aquel fiebrón...Tú en cama, toda congestionada, papá trabajando, y Rafa esperándome... ¿Qué podía hacer? Pues marcharme. Te di una aspirina y me fui. No me lo reproches. Tu misma me lo decías” sí, hija, vete, no te preocupes, ya estoy mejor”, aunque quizás lo dijeras por decir, con voz de falsete, con rencor, con una hipocresía tan grande como la fiebre, para dejarme mal, como acostumbras, porque a ti siempre te gustó dejarme mal. *(Pausa. En tono más grave)* En el hospital no te di ninguna aspirina, eso ya no te servía para nada, era el chocolate del loro; ni la aspirina ni ningún remedio al parecer, pero también me marché. ¿Qué podía hacer si todo era inútil?, ¿para qué iba a esperar?... Y la verdad es que acerté. ¡Menudo si llego a quedarme! *(Breve pausa)* Mientras duró el viaje, no te pasó nada...ni siquiera empeoraste gran cosa... Yo me decía: que no se muera ahora, que espere, que no se muera todavía, que pueda terminar sin complicación mis vacaciones...¡por favor, las necesito tanto! Y no te moriste aquellos días, es verdad. Hasta ahí, cumpliste. *(Acusadora y asomándose por la puerta)* ¡Pero lo hiciste nada más pisé el aeropuerto, inada más pisarlo, Dios mío, te faltó tiempo! ¿No podías haber esperado a que llegara al hospital?...

¿Tanta prisa tenías en irte de este mundo? ¡Era cuestión de un par de horas, como mucho, y podías haberme evitado la mala conciencia, podías haberlo retrasado por mí, pero tú, con esa mala intención y esa oportunidad que te caracterizan, ni eso me ahorraste, egoísta, que eres una egoísta y querías vengarte y que se me atragantaran de por vida aquellas vacaciones!...

Corte. Aplasta casi furiosamente lo que le queda del cigarrillo en el cenicero, y enciende otro.

En un tono mucho más desenfadado:

¿Pero qué estoy diciendo? ¡Qué te ibas a morir! ¡No tuve tanta suerte! Si te hubieras muerto aquella vez, no hubiera tenido que aguantarte todos estos años. Si de verdad te hubieras muerto, habría tenido mala conciencia, sí, lo reconozco, tú estuviste a mi lado en todas las enfermedades, que dicho sea de paso, fueron un montón, pero habríamos terminado de una vez, cruz y raya, y no que sigo mártir de tus lamentos y tus exigencias, ¡porque a exigente, no te gana nadie! ¡Bien me vas a hacer ganar la gloria, esa gloria en la que no crees!

(Breve pausa) Tu hijito del alma, ese que según todos te quiere mucho más que yo y que me mira como si yo fuera un monstruo de la naturaleza, estuvo contigo, de principio a fin, jodiéndose las vacaciones, con tu nuera, esa chica que también, según todos, te quiere más que yo, y que se atreve a mirarme con reproche de niña buena. La culpa la tuvo ese médico de pacotilla, que no se aclaraba ni a la de tres: *(parodiando al médico)* “puede suceder de un momento a otro, no lo niego, pero también alargarse...” ¡Y claro que se alargó! ¡para qué contar la tabarra que me has seguido dando! Todo son ganas de fastidiar, de hacer teatro; a ti, mamá, siempre te gustó el teatro, para mayor inri lo escribías, sin éxito, pero lo escribías, y te crees que todo es escena. ¡No, mamá, no estamos en escena

ni representando otra cosa que la vida, y por eso no me perdí el viaje como no pienso perderme la boda, te pongas como te pongas, ¿me oyes? (*Alzando la voz*) ¡Te pongas como te pongas! (*Transición. Mirando el reloj y bajando el tono*) ...Y Pepe sin venir. ¿Qué demonios estará haciendo?

(*Coge el teléfono y marca*) Pepe, ¿pero dónde estás? Es tardísimo. ¿No te das cuenta de la hora? Lo dijeron bien claro: ahí a las diez. Tenemos el tiempo justo... Sí, yo ya estoy arreglada. Pintarme los labios nada más... ¿Que todavía...? ¿pero qué tienes que hacer aún?... ¿es que no sabes lo que es la puntualidad? Siempre me haces lo mismo... ¡No, no imposible!. ¡Vamos, que no! ¡No digas disparates, Pepe! ¿Cómo voy a ir a tu encuentro con este vestido, la pamea, estos zapatos que a pesar de todos los pesares me están matando...? ¿que calles dices que están cortadas? ¡Ni que Madrid estuviera en estado de sitio!... Que no, Pepe, que no, que yo no me cojo según voy ningún autobús, y menos el metro, que no... ¿y quién llega hasta allá en taxi, si todo está tan controlado como dices? Además, que no. Tenemos que entrar juntos, ¡juntos, Pepe!, me hace muchísima ilusión... no, no...yo te espero aquí. De acuerdo. En el portal. Dentro de cinco minutos, ni uno más, si no, me pongo malísima. ¡Cinco! ¿eh? ¡Ni siete, ni diez, ni un cuarto de hora como acostumbras, porque no llegamos, ¡cinco! (*Cuelga*) ¡Qué ideas más peregrinas tiene Pepe de vez en cuando! ¡Que vaya a su encuentro en un día como hoy con estas trazas! Lo de esperarle en el portal tampoco me gusta, de esta guisa puedo parecer una furcia esperando clientes, pero lo comprendo: aparcar en esta calle es toda una aventura. (*Se pinta los labios y se retoca el peinado. Vuelve a colocarse la pamea. Ensaya con el chal*) La verdad es que el vestido me cae muy bien, ni pintado, gracias a que conservo el tipo a base de penitencias... Bueno, también influye la genética. Mira por dónde mamá, eso te lo tengo que agradecer: tú llegaste delgada hasta el final... La mayor parte

de las pre y menopáusicas que conozco están como baúles, y es que las decepciones, ¡y hay que ver todas las que ya vamos acumulando!, las compensan comiendo. Las gorduras están en razón directamente proporcional a los fracasos, aunque no estoy tan segura: hay gordos geniales, y tú, mamá, te conservas delgada a pesar de tu fracaso. Sí, fracasaste, mamá, ¡claro que fracasaste! Querías haber sido Premio Nobel, lo menos, y ya ves en lo que te quedaste: cuando te mueras, en una reseña de andar por casa, y a lo mejor, ni eso... (*Breve pausa. Mirándose el chal*) El chal es un amor, y eso que me salió baratito. En los chales se puede meter más gato por liebre, y el bolso, (*lo coge*) es una monería, aunque un poco pequeño, ni siquiera me caben las gafas, y sin ellas me voy a quedar in albis de la ceremonia; claro que luego lo veré con todo detalle por televisión, que pienso grabarlo, no se me olvide... (*Coge una cinta y la introduce en el video. Programa*) Ya está listo. Ahora por partida doble, y si salgo, cosa muy probable con lo conocido que es Pepe, lo veré tropecientas veces... (*Nuevamente en pie, vuelve a mirar el bolso*) Sí, una monada y una ñoñería antipráctica. La verdad es que hay cosas para las mujeres bien absurdas: aquí no se puede meter nada... (*Se da los últimos retoques y se pone las joyas. Con mediana satisfacción*) pero en fin, todo todo bien, y los aderezos muy propios. Bisutería sí, pero buenísima. Para llevar perlititas de mierda o anillitos horteras, mejor bisutería, y además no me queda otro remedio. Pepe, por muy Pepe que sea y con el dineral que tiene, no ha sido capaz de regalarme ni un puto brillante...; tampoco puedo heredar ninguno, porque a ti, mamá, siempre tan rara, no te gustan las joyas. ¡Hasta en esto me fallaste!, de haberte gustado, yo podría heredar ahora una bonita colección, como la que tiene mi amiga Marita, que luce como un ídolo, pero ni siquiera tuviste ese detalle. Sí, mamá, para que te enteres: ¡a mí sí me gustan las joyas! Yo no soy como tú que desprecias todo lo que

de verdad da prestigio... Tú, haciendo alarde de esas ideas tan raras, decías que el prestigio es otra cosa. ¿Qué otra cosa, mamá? Pero está visto que mi futuro nunca te importó. *(Breve pausa)* ¡En fin! ¡Qué le vamos a hacer! Las cosas son como son y habrá que pechar con la bisutería, apechugar con la mentira de la piedra. Otra más. Todo es una gran mentira, mamá, aunque sea piadosa. Como el tinte para quitarnos las canas, las lentillas, los dientes postizos, las sonrisas innecesarias, los deseos de agradar... ¡Todo mentira! Menos aquel hospital y aquel viaje fantasma. *(Esto último lo ha dicho con desaliento para enseguida reponerse. Con nuevos ánimos)* A pesar de todo, ¡bien! ¡todo bien, correcto! De diez. Lo de diez quizás sea exagerar un poco, pero ¡vaya!, más que pasable, lo justo para no desentonar entre todos esos bellezones aristocráticos...bueno, lo de bellezones, no tanto, ¡hay cada espanto infiltrado en el Gotha! *(Se echa perfume. Vuelve a mirarse)* ¡Lista! Me voy. ¿Oíste, mamá? No se te ocurra chillar ahora porque nadie te va a oír. Me voy a sentarme en la catedral al lado de la Epístola; tú dirás que es mejor la del Evangelio, sólo por quitar mérito, y todo gracias a Pepe, ese que no te gusta ni poco ni mucho, porque entre otras cosas no se casa. ¿Por qué no te casas, Pepe? Pero ¡ya ves!, aunque no se case, me invita a la boda del siglo, esa que tú, de vivir, no podrías ni oler. He dicho de vivir, porque aunque todavía estés presente, estás casi muerta, y eso, como decía aquel médico, puede suceder en cualquier momento. Menos hoy. Hoy no, ¡oíste, mamá! *(Con rotundidad)* ¡Hoy no! Prohibido morirse o hacer teatro para chafarme la fiesta. Quietecita hasta cuando yo vuelva, que entre otras cosas, no sé cuando será. ¡Ni un ¡ay!

Después de haberse mirado al espejo con aire triunfal, sale. La escena quedará en silencio. Se oirá, tenuemente, el tic-tac de un reloj in crescendo hasta hacerse molesto.

Al poco tiempo, LA HIJA vuelve a entrar. No tiene aspecto derrotado ni nada que se le parezca. Recorrerá la habitación estirada, como si estuviera desfilando y volverá a mirarse al espejo. Luego se sentará en la cama muy colocada, con la espalda muy recta, como si estuviera asistiendo a una importante ceremonia.

HIJA - *(Casi triunfal. Se diría que de verdad está donde dice estar)*
¿Lo ves mamá? ¡ En el lado de la Epístola!...¿Te enteras, mamá?
(Pausa. Poco a poco se va aflojando, como si la realidad se fuera imponiendo) ¡Y Pepe sin venir!...Siempre se escabulle en los momentos claves y he tenido que hacer el paseíllo yo sola. Eso, el paseíllo como los toreros. La vida es un ruedo, aunque sea antitaurino. Torero y toro. ¿Cuál de los dos representa a la vida?¿ El torero engañando con la muleta o el toro embistiendo?... *(Pausa. Coge un cigarrillo y lo enciende)* ¡Y Pepe sin venir!... *(Echando la primera bocanada de humo:)* ¡Y luego pretende que no fume, con lo nerviosa que me pone esperar!

Pausa larga.

Se incorpora y enciende la televisión. Se oirán algunos comentarios sobre la comparecencia de algunos significados invitados a la boda del Príncipe de Asturias.

LA HIJA se sigue aflojando. Todo su empaque anterior, se desvanece. Es como si se arrugara por dentro. Hace un mohín como si fuera a llorar. Quizás lllore momentánea y discretamente. Entre la reconvencción y la entrega, el rencor y la aceptación:

Está visto, que no se puede contigo: al final, mamá, siempre te sales con la tuya.

Se irá haciendo lentamente el oscuro.

Sólo la puerta entreabierta quedará tenuemente iluminada.

Final de
LA BODA.

Benicasim-Majadahonda.
Julio 2004

RUTAS DE ALTO RIESGO

IGNASI GARCÍA

PREMIO DE TEATRO BUERO VALLEJO, 2004

IGNASI GARCIA BARBA (Barcelona, 1964)

Licenciado en Historia del Arte y Diplomado en Arte Dramático, se forma como autor teatral en los Seminarios de Dramaturgia impartidos por José Sanchis Sinisterra en la Sala Beckett de Barcelona. En 1994 estrena su primera obra, *Marina*, con dirección de Calixto Bieito, de la que se hizo una versión para TVE. Desde entonces ha estrenado con cierta asiduidad (*Preludio en dos tiempos*, *Mientras el bosque crezca*, *Al otro extremo del océano*, *Imagine*, *¡Tengo trabajo!*, *Amanecer en Orán*, *La orilla perra del mundo*, esta última en colaboración con autores ganadores y/o finalistas de las últimas ediciones del Premio Marqués de Bradomín) . Ha publicado hasta la fecha quince obras, algunas de ellas también en México y los Estados Unidos. Escribe indistintamente en catalán y en español.

Además de recibir ex aequo el premio Buero Vallejo 2004 con el texto que aquí se presenta, fue finalista del Premio Teatro Breve en 1994 con la obra *Amanecer en Orán*, recibió un accésit del Premio “Ciutat d’Alcoi” en 1995 por la obra *Preludio en dos tiempos* y acaba de obtener un accésit del Premio SGAE de Teatro Infantil y Juvenil 2005 por la obra *El chip experimental*.

Ha sido director adjunto de José Sanchis Sinisterra en el grupo Teatro del Común, que obtuvo el Premio Max 2004 de Nuevas

Tendencias Escénicas por la puesta en escena de la obra *Terror y Miseria en el Primer Franquismo*, del propio Sanchis Sinisterra. Y ha participado junto con el mismo Sanchis en la dramaturgia del último espectáculo del Teatro del Común: *La orilla perra del mundo*.

También ha participado como guionista en series de televisión como *Compañeros*, *Un paso adelante* y *Los Serrano*.

UN MONÓLOGO POLIFÓNICO

No hace muchos años, el monólogo era considerado por algunos autores, directores y aun teóricos del teatro una forma menor, un género artificioso y un recipiente dramático escasamente útil para dar cuenta de la complejidad del mundo y de la oscuridad interior del ser humano. Un solo personaje en escena hablando y hablando no parecía mucho más que un mero pretexto para el lucimiento del actor o de la actriz, o un vehículo simple para la transmisión de historias y/o situaciones escasamente teatrales. El hecho de que un importante número de grandes dramaturgos contemporáneos -desde Strindberg o Chejov hasta Achternbusch, Koltés o Wesker, pasando por Pirandello, Cocteau, O'Neill, Beckett, Pinter y tantos otros- no haya despreciado tan “humilde” recurso se justificaba, sin duda, como ejercicio ocasional, lateral, en el flujo principal de su obra dramática.

Bien es verdad que la creciente competitividad y el incremento de los costes de producción reinantes en el mercado teatral han hecho proliferar, en los últimos años, los espectáculos supuestamente monologales, muy a menudo simples conglomerados textuales mejor o peor zurcidos, cuando no dudosas adaptaciones de obras narrativas, en general realizados sin ningún planteamiento dramático, pero claramente al servicio del actor o la actriz que ha de interpretarlos. Sin

negar el valor artístico de algunos de estos productos, no cabe duda de que se trata, más que de monólogos en sentido estricto, de espectáculos unipersonales, cuya aceptación por el público y hasta sus méritos teatrales dependen más de la calidad y/o el magnetismo de quien lo interpreta que de su consistencia dramática.

Y es que, con respecto al arte del monólogo, existe una gran indeterminación teórica y una general confusión práctica. Se halla muy extendida la suposición de que el discurso monologal consiste básicamente en la expresión de un personaje que habla “sin dirigirse directamente a ningún interlocutor” (soliloquio) o interpelando a esa vaga instancia receptiva que se conoce como el público. Pero la realidad es mucho más compleja. Una tipología más rigurosa -y atenta a las modalidades monologales de la dramaturgia contemporánea- podría individualizar hasta una decena de variables, caracterizadas cada una por un peculiar mecanismo discursivo y susceptibles de generar situaciones dramáticas de muy distinta índole.

Ignasi García conoce muy bien esta casuística diversa y compleja del arte del monólogo, y *Rutas de alto riesgo* es una muestra notable de este saber dramático y de la riqueza situacional que con él se puede desplegar. Su experiencia como actor, autor y director le permite construir un universo dramático de amplias dimensiones y feroz intención crítica, con sólo una actriz que habla y actúa ante el público. Pero esta actriz es, ante todo, un personaje consistente y complejo, y este público no es una vaga instancia receptiva sino una colectividad concreta que está ahí, por motivos igualmente concretos, complejos y consistentes.

Dicho con otras palabras: el rigor y el riesgo dramáticos de Ignasi García en esta obra consisten en integrar a la actriz y al público en una misma situación ficcional, inmersos todos en un espacio y un tiempo que los construyen como sujetos de una específica circunstancia teatral. Todos son -somos- personajes convocados por el autor a un morboso viaje turístico que nos depara, por un módico precio, la posibilidad de ser espectadores y hasta cómplices de una cruenta guerra fratricida, vagamente balcánica.

Instaurando pues esta simple convención teatral (el personaje interpela al público atribuyéndole una identidad ficticia), todo un complejo universo dramático se despliega paulatinamente ante nosotros. Nos encontramos -la escena lo evoca- en un “interior sucio y muy deteriorado de un piso castigado por las bombas”, y los sonidos bélicos que proceden del exterior subrayan intermitentemente esta circunstancia. Pero también las palabras de Berta, obligada por su precaria situación económica a ejercer de guía en estas “rutas de alto riesgo”, van configurando, en infernales círculos concéntricos, un espacio extraescénico que nos resulta lamentablemente familiar: calles bombardeadas, campos de refugiados, campos de exterminio con hornos crematorios, fosas comunes...

Las palabras de Berta -en conversaciones telefónicas- nos trasladan también a su espacio doméstico, allí donde su familia libra la pequeña guerra incruenta de su ausencia. Y hace más: remontando el tiempo, nos evoca el pasado feliz, casi idílico, de esta misma ciudad, ahora sumida en la destrucción y el horror, que Berta y su marido visitaron en su luna de miel.

Porque el personaje monologante no está solo: como se ha dicho, el público es -somos- un grupo de turistas morbosos que ha convertido el espanto bélico en espectáculo, y se precisa en individuos con nombres concretos: doña Esperanza, el señor Álvarez, don Gaspar, Amelia, Catalina, don Bernardo, doña Elvira, el señor Cárdenas, etc., cada uno con su idiosincrasia, trazada apenas con un rasgo fugaz, pero suficiente. Y, además de estos personajes directamente interpelados por Berta entre el público, su discurso invoca una multiplicidad de seres que pueblan el “escenario” de la guerra: tropas regulares, rebeldes organizados en guerrilla, refugiados, desertores, organizaciones no gubernamentales, ejércitos de la coalición internacional, un misterioso músico que toca el violoncelo en la calle devastada y, muy particularmente, ese francotirador que no llega y a quien la guía tendrá que remplazar... si no quiere perder su puesto de trabajo.

No hace falta, pues, reiterar hasta qué punto el monólogo, cuando es abordado desde una perspectiva dramáticamente ambiciosa, es capaz

de contener tanta complejidad situacional y tan áspera intención crítica como cualquier otra estructura dramática. En *Rutas de alto riesgo*, Ignasi García demuestra que no hay formas menores y mayores, sino grados diversos de articular en los textos la exploración sistemática del mundo y del arte. En la sola voz de Berta resuena un coro multiforme y desgarrado que clama contra la barbarie en que la guerra mantiene sumida a la humanidad. ¿Hasta cuándo?

José Sanchís Sinisterra

RUTAS DE ALTO RIESGO

Para Chus. Sin ti no habría existido Berta.

Agradecimientos:
A Santi, a Cipri, a José Carlos y a Miguel Ángel,
por creer en esto.

(Interior sucio y muy deteriorado de un piso castigado por las bombas, ahora abandonado por inhabitable: fragmentos de muebles y electrodomésticos rotos aquí y allá. Restos de una fogata. Calzoncillos, calcetines y camisetas verdes de uniforme militar tendidas en una cuerda que cruza el escenario. Al fondo, una ventana. Junto a ella, una silla. La luz aumenta gradualmente desde el oscuro. A través de la ventana entra luz de amanecer.)

BERTA (*fuera del escenario*)- ¡Dios mío, qué asco!

(Oímos el ruido de un spray fumigando. Sale BERTA, una mujer de mediana edad. Lleva zapatos de tacón, un bolso muy abultado y una cartera. En una mano lleva un spray insecticida)

¡Están por todas partes!

(Se dirige directamente a los espectadores, esforzándose por ser amable)

¿Qué? ¿Han podido dormir algo esta noche? Veo muchas caras de sueño. Bueno, me hago cargo, yo apenas he pegado ojo. Pero no deja de tener sus ventajas, al menos hemos podido ver las lucecitas de las bengalas y de las explosiones.

(Pausa. A espectadora, elevando la voz y gesticulando)

No, Doña Esperanza. Digo, que al menos hemos podido ver las lucecitas de las bengalas y de las explosiones. No he dicho nada de exposiciones.

(Busca un lugar donde apoyar su cartera para abrirla, pero todo está muy sucio. Finalmente la apoya sobre su rodilla y saca un dossier. Lo abre)

Bueno, el plan para hoy es el siguiente: Después de la exhibición que veremos a continuación, nos dirigiremos a Obstrakaria. *(Lo pronuncia "ostracaria")* Será un trayecto de 400 kilómetros en autobús, no puede ser en avión porque, como saben, el espacio aéreo está cerrado. De todas formas, si alguno de ustedes desea hacerlo igualmente por vía aérea, "Rutas bélicas rabiosas", por un precio módico, pone a su disposición un bimotor de las fuerzas aéreas para realizarlo. De camino a Obstrakaria pararemos para tomar un típico tentempié en una al-

dea rebelde, donde nos mostrarán la fabricación de las trampas que la guerrilla instala en los bosques para combatir a las tropas regulares. Una vez en...

(Se detiene a mirar a un espectador, como si éste le hubiera interrumpido.)

¿Qué cómo se escribe? Pues... *(Piensa)* O-B-S-T-R-A-K... No, espere un momento, Señor Álvarez.

(Apoya su maletín en la rodilla y saca un pequeño portafolios. De su interior saca varios mapas. Los examina, buscando uno en concreto, pero no lo encuentra).

Vaya, olvidé el mapa en el hotel. Bueno, luego cuando volvamos se lo digo. Pero estoy casi segura de que es O-B-S-T-R-A-K-A-R-I-A. Obstrakaria *(lo repite pronunciando "ostracaria")*

(Sonríe servicialmente al supuesto espectador que le ha hecho la pregunta. De repente se pone seria)

¿Qué es con CK? ¿Está seguro? ¿Y usted cómo lo sabe? Oiga, que la guía soy yo. *(Cortada)* Ah, que tiene ahí el mapa... ¿Pues si tiene ahí el mapa por qué me lo pregunta? ¿Me está poniendo a prueba?

(Suena una ráfaga lejana de ametralladora)

Además, ¿por qué tiene que escribir todo lo que digo? Está consiguiendo que cada vez que leo el programa del día me dé la sensación de que estoy haciendo un dictado en una escuela. Ya sé que es usted taquígrafo en Las Cortes pero relájese, hombre, que se supone que está de vacaciones.

(Mirando a otro espectador, apurada)

¿Que por qué digo “Ostrackaria” si entre la “O” y la “S” hay una “B”? Pues... no sé... porque me resulta más fácil pronunciarlo, supongo. No me mire así, Catalina, usted debería entenderlo mejor que nadie, que dice “accidente”, “treatro”, “otocar” y cosas así. *(Mira a la mujer, arrepentida)* No me llore, mujer, que no era un comentario con mala intención.

(A otro espectador, mosqueada)

Señor Gallardo, haga usted el favor de guardar la cámara de vídeo. ¿Es que tiene que grabarlo todo?

(Suena una ráfaga lejana de ametralladora distinta a la anterior.)

¿No le basta con lo que hay ahí fuera? ¿No puede respetar ni siquiera un momento de debilidad de una compañera de viaje? *(escucha a espectadora aludida)* Ah... Bueno, pues si no le importa, usted verá, Catalina *(Al Señor Gallardo)* Pero a mí ni se le ocurra grabarme, ¿eh? Que le conozco. ¿Ah, no? ¿Entonces por qué le pillé el otro día escondiéndose en el armario de mi habitación, cuando salí de la ducha? No se pase o tendré que hacerle una llamadita a su mujer, ¿estamos? Muy bien. Bueno, sigo con el programa de hoy.

(Sigue consultando el dossier)

Una vez en Obstrackaria veremos lo que queda de la iglesia, lo que queda de la sinagoga, lo que queda de la mezquita, lo que queda del museo, lo que queda del ayuntamiento y... ¡un campo de refugiados! Ahí podrán comer en las mismas mesas que ellos

y hacerse fotos con los niños, que les encanta. Según el reglamento está prohibido darles comida pero aún así, para su información, en la entrada hay una tienda en la que se pueden adquirir cacahuetes, golosinas, bolsas de patatas fritas y zanahorias para poderse las ofrecer a los niños y predisponerlos así para hacerse las fotos.

(A espectador)

Tranquilo, Señor Vázquez, esta vez pueden pagar en efectivo sin miedo a que se les echen encima y les roben, *(suenan explosiones lejanas)* la tienda está rodeada de alambradas y hay guardianes custodiando el perímetro desde torres de vigilancia. Pero no haga como el otro día, por favor, cuando echó dólares de plata sobre el campo de minas para que los nativos salieran a buscarlas, que luego las ONG's se nos echan encima y no nos dejan ni respirar.

(A otro espectador)

No se apure, para usted, Don Gaspar, que ya sabemos cómo es, tenemos una alternativa: A 10 kilómetros de Obstrackaria hay un campo de exterminio, así que tranquilo: por un módico suplemento de 200 euros podrá entrar a visitar las instalaciones. Eso sí: vaya preparado para dejar propinas, es la única manera de que le permitan usar personalmente los hornos. De todas formas, antes de entrar... *(busca en su bolsillo y saca unos tallos de hierbabuena verde)* le daré unas hojitas de hierbabuena para que se las meta en la nariz, así se le hará más soportable el olor del lugar. Ah, y han tenido un detalle con usted, por ser un empresario importante: le han preparado una comida especial en el cuerpo de guardia a base de ahumados típicos del país.

(Mira al resto)

Vaya, por las caras que veo parece que hay alguno más que querría apuntarse con Don Gaspar. ¿Están ustedes seguros? Piensen que puede ser muy desagradable, además, no sé si tendré suficiente hierbabuena para todos. *(Pausa. Los mira)* Pues nada, antes de subir al autobús me lo dicen y yo les apunto. Al fin y al cabo han venido para esto, ¿verdad? Pero debo advertirles que en el campo de exterminio no pueden hacerse fotos ni grabar en video, ahí sólo pueden entrar las cámaras de la televisión estatal, así que ya lo saben, luego no digan que yo no les aviso. Y esto sobre todo va por usted, Señor Gallardo. O tendré que hacerle lo mismo que al Señor Pozuelo.

(A un espectador)

No me mire así, Señor Pozuelo, no pienso devolverle su...

(Se interrumpe mirando al suelo, asustada y asqueada, y grita. A continuación rocía con el spray a un supuesto bicho que hay en el suelo.)

¡Qué asco!

(Pisa al bicho y lo estruja. Suenan disparos lejanos)

¡Esto es tercermundista! Es la zona de guerra más sucia que he visto desde que estoy en esto.

(Mira a los espectadores. Se recompone)

Bueno, aunque para ustedes forma parte del encanto, ya lo sé.

(Vuelve a dirigirse al espectador al que estaba hablando)

Que no me ponga esa cara de cordero degollado, Señor Pozuelo, no pienso devolvérsela. ¿Quién le hizo la foto a la fosa común el otro día, sabiendo que nos lo habían prohibido expresamente? ¿Eh? ¿Y quién tuvo que ir a hablar con el comisario político para convencerlo de que usted no era periodista y de que lo soltaran? ¿Eh? ¡300 euros que tuve que soltar a cuenta de la agencia, que lo sepa! ¿Pero dónde cree que está? Ahí fuera son capaces de pegarle un tiro a uno por ir indocumentado, ya lo han hecho con varios extranjeros, así que imagínese lo que podrían hacer con usted si no llego a...

(La llaman al móvil. Contesta)

¿Sí? *(Tierna)* Hola, cariño, ¿cómo estás? (...) ¿Cuándo volveré? Pronto, pronto. En 10 días estoy en casa. (...) Es que... el curso que estoy dando aquí se ha alargado más de lo previsto y... (...) *(suena una ráfaga lejana de ametralladora)* Muy bonita. Llena de monumentos, y de pizzerías y de museos y de tiendas... (...) ¿A la Torre Eiffel? No, aún no he subido, subiré mañana. (...) No, la próxima vez tampoco. Es que... el curso que doy sólo es para chicos mayores, ¿sabes? (...) Que no puede ser, cariño, además, tienes que ir al colegio. (...) No sé... ya veremos, a lo mejor en vacaciones ya no estaré trabajando en la agencia... (...) ¿Qué? No, hijo, me habrás entendido mal, quería decir... en la universidad. (...) No creo que vaya a Eurodisney, mis alumnos ya son mayores, ¿sabes? Preferen ir a otros sitios.

(Suena varias ráfaga lejanas de ametralladora, respondiéndose)

(...) Sí, hijo, tienes razón, son unos aburridos. Pero en cuanto a mamá le paguen el dinero de... estos cursos, iremos todos juntos a Eurodisney, te lo prometo. Y al cine, y al zoo, y ... (...) ¿Cómo? ¿Un muñeco de Monstruos S.A.? (*Apurada*) Sí, hijo, ya sé que sólo los venden ahí, pero... ¿y no te gustaría algo más sencillito, no sé, un osito de peluche...? (...) ¡Vale, vale, no te pongas así, intentaré conseguirlo, pero no te prometo nada, a veces... a veces se les terminan los juguetes, ¿sabes? Sobre todo en esta época, porque hay mucha gente. Oye, ¿ya has cenado? (...) ¿Cómo que no? (...) ¿Por qué? (...) Pues si papá te hace una tortilla, tú te la comes, ¿estamos? (...) ¿¿De boniatos?? ¡Dile a papá que se ponga! (...) ¿¿En serio?? ¿Y os ha dejado solos? (...) Pues cuando vuelva le dices que me llame, ¿vale?

(Suena el ruido lejano de un avión bombardero, y el sonido lejano de las baterías antiaéreas. El ruido del avión se aleja y desaparece)

(...) No, nada de encargar una pizza; mira, si quieres no te comas la tortilla, en el congelador hay unos canelones, los pones en el microondas y... (...) No, hombre, quítales antes el envoltorio. Oye, ¿qué es ese ruido? (...) ¿Qué? ¡Pues le dices que se baje ahora mismo de ahí, que se va a hacer daño y luego...

(Se corta)

¿Jorge? ¿Jorge, me oyes?

(Mira el móvil, contrariada.)

¡Vaya!

(Lo guarda. A los espectadores)

Eso es que la aviación ha conseguido acertarle por fin a la torre de comunicaciones. *(para sí, abatida)* ¿Y ahora dónde encuentro yo una tienda Disney en medio de este infierno? *(Pausa. Suspira. Mira el reloj)* Y encima éste se está retrasando.

(Escruta a los espectadores en silencio)

¿Por qué me miran así? *(Pausa)* ¿Qué pasa? ¿Quieren ir a ver las ruinas de la torre de comunicaciones? ¿Están seguros? Piensen que voy a tener que perder mucho tiempo para conseguir los salvoconductos, no creo que les interese. *(Silencio. Escruta a los espectadores)*. Bueno, podría hacer unas llamadas, pero les advierto que en los días que aún nos quedan por delante tenemos un programa muy apretado, no podríamos ir hasta... a ver...

(Apoya de nuevo su cartera en una rodilla y la abre. Empieza a sacar papeles, pero no encuentra lo que busca. Duda. Finalmente va hacia la ropa interior tendida, saca un par de piezas con cierto asco, y las tiende en el suelo. Apoya la cartera sobre una de las prendas. Va a arrodillarse sobre la otra prenda. Duda. Saca el spray insecticida y rocía alrededor de la zona donde se va a arrodillar. Se arrodilla. Busca en la cartera. Además de papeles saca de ella una manzana, un refresco, un bocadillo, un jersey de lana a medio terminar, fijado a sus correspondientes agujas de ganchillo y al ovillo, una máscara antigás.)

Por cierto, llevan encima las máscaras antigás, ¿verdad? No se las habrán dejado en el autobús.

(A espectadora sorda, subiendo la voz y gesticulando)

¡Que si llevan encima las máscaras antigás, Doña Esperanza!

(Espera respuesta del público)

¿Pero es que tengo que estar encima de ustedes todo el rato? Oigan, que no soy su madre, se supone que saben a qué han venido. Aquí la gente se mata entre ella, ¿comprenden? Y las bombas de gases, por muy inteligentes que sean, no saben lo que es un pasaporte, ni distinguen a un rebelde de un turista. Miren, ¿saben qué es esto?

(Se levanta una manga y muestra una herida que aún no se ha curado)

¡Un regalito que me hizo una bomba inteligente hace 6 días en un Tour por Chechenia, casi se me lleva por delante! Estábamos visitando un campamento de la Cruz Roja y de repente booom, cayó y se llevó a médicos, refugiados y a algunos turistas de mi grupo por delante. A mí sólo me rozó, pero ya ven. ¡Y suerte que les hacemos firmar ese documento eximiendo a la empresa de cualquier daño moral o físico, que si no encima me veo en la cárcel!

Luego los que la lanzaron dijeron que aquello era un campo de entrenamiento de terroristas, y todo el mundo se lo creyó. Así que ya ven, si les pasa algo los únicos perjudicados van a ser ustedes. Pero francamente, no querría que les pasara nada por no llevar las máscaras.

(Su mirada topa con la de un espectador. Lo fulmina con la mirada)

Salvo excepciones. Por cierto... Señor Cárdenas... *(Se dispone a sacar del bolso algo para lanzárselo al espectador en*

cuestión) Esto es... *(se detiene al percatarse de que los demás espectadores están pendientes. Se reprime, cortada)*
Nada, nada... Ya se lo daré... luego.

(Pausa. Se queda en silencio, absorta y hundida. Suspira, se recompone y mira al resto de espectadores)

Bueno, no creo que pase nada por no llevar encima las máscaras, sólo estaremos aquí un ratito. Y por lo que se refiere a la torre de comunicaciones...

(Revisa su dossier)

¡Aquí está! Podríamos ir a ver sus ruinas el jueves por la tarde, después del fusilamiento de desertores. Pero no les garantizo que aún humee. Y el fuego probablemente ya estará apagado. ¿Entonces qué? ¿Quieren que haga la gestión?

(Espera respuesta)

No quieren perderse nada, ¿eh? Está bien, me pondré a ello.

(Empieza a recogerlo todo. Mira a los espectadores y a continuación mira su reloj)

Sí, ya lo sé, se está retrasando, pero por favor, no se impacienten, cruzar la ciudad es complicado, y más a estas horas, con el toque de queda. O puede que ya estuviese aquí antes de nuestra llegada y haya tenido que irse por alguna urgencia. *(Piensa)* No sé, a lo mejor ha dejado una nota...

(Empieza a buscar. De repente, a espectador)

¿Qué quiere que le diga, Don Bernardo? Todos hemos tenido que madrugar, usted no es el único ¡Cómo iba a saber que se retrasaría! No me sea malpensado, que le conozco, ¿qué interés puedo tener en despertarles a las cuatro y media de la mañana sin necesidad? Piense que yo tengo que levantarme una hora antes que todos ustedes, ¿cree que me hace mucha gracia? A lo mejor lo han detenido en algún control gubernamental, o puede que la guerrilla lo haya capturado, ya sabe que ayer tomaron dos barrios más en la periferia, vaya usted a saber si no han avanzado durante la noche y... Aunque tranquilos, no creo que eso suceda, cuando ayer entraron en acción los aviones de la coalición internacional, para mí que se decidió el curso de esta guerra. *(Rápida, arrepintiéndose del comentario)* Pero eso no significa que la guerra tenga que terminar mientras están aquí y dura nuestro tour, no se preocupen. Aunque si eso sucede... en fin... ya conocen la séptima cláusula de las condiciones generales.

(Observa a los espectadores)

Pues no, por sus caras no parece que la tengan muy presente. Pues, los que tengan aquí su talón de viaje, hagan el favor de sacarlo.

(Saca de un bolsillo interior un talón de viajes y empieza a leerlo.)

“Rutas bélicas rabiosas” no se responsabiliza de la finalización de los conflictos armados a visitar *(se oye ruido lejano de sirenas de ambulancia)* antes de lo establecido por los observadores internacionales consultados, por lo que no se hará efectivo ningún reembolso.”

(Sigue buscando la supuesta nota. De repente, a espectadora)

Oiga, Doña Elvira, esto es lo que hay, haberse leído todas las cláusulas del contrato, siempre lo digo a todos los...

(Se interrumpe porque ve algo detrás de los restos de un mueble, oculto a la vista del público. Se lo queda mirando, sorprendida. Lo coge. Es un muñeco de uno de los personajes de la película "Monstruos S.A." Tiene unas manchitas rojas aquí y allá, como si fuesen salpicaduras. Mira el muñeco con atención.)

¡Esto es de "Monstruos S.A."...! *(Ve las manchas. Se queda pensativa)* ¿Y estas manchas? *(Pausa. Intentando convenirse)* Deben ser de pintura. De qué otra cosa iban a ser... ¿no? Sí, seguro que es eso. No sé... a lo mejor... con suerte...

(Busca en su bolso. Saca un paquete de toallitas húmedas e intenta quitar las manchas)

Pues sí, parece que se va. Si lo envuelvo en papel de regalo no creo que Jorge se dé cuenta de... *(Pausa larga)* ¿Se dan cuenta? No puedo decirle a mi hijo a qué me dedico. ¿Se imaginan qué cara pondría? O peor, puede que sintiese curiosidad y quisiera acompañarme a alguno de estos viajes, vete a saber. Total, ahora los niños se pasan media vida matando enemigos en los videojuegos...

(Suena el móvil.)

Ah, pues aún no han bombardeado la torre de comunicaciones. Lo siento, si quieren ver cómo arde tendrán que esperar.

(Contesta al móvil)

¿Sí? (...) Pero vamos a ver, Paco: ¿cómo se te ocurre dejarlos solos a mitad de la cena? (...) ¿Cómo que no? Jorge me ha contado que Bego estaba subiéndose al xifonier y tirándose sobre la cama. ¿Qué pasa? ¿Es que una no se puede ir a trabajar tranquila? ¿No me puedo fiar de ti? (...) Pues yo no lo veo tan claro. ¿Y cómo se te ocurre prepararles a los niños una tortilla de boniatos? (...) ¿Pero qué me estás contando? ¿Cómo que se parecen a las patatas? (...) Pues yo no me confundo (...) Eh, eh, no te pongas así, ¿vale? Que si he tenido que coger este trabajo es por tu culpa. (...) ¡Pues no haber intentado estafar a tu empresa, so listo! ¡Y haberte puesto a buscar trabajo como he hecho yo, en lugar de pasarte un año tirado en el sofá! ¿Te crees que a mí me hace mucha gracia estar tanto tiempo fuera de casa, y encima haciendo esto? (...) ¡Pues porque alguien tiene que tirar de la familia, si tú te quedas de brazos cruzados! Y reza para que no pierda el trabajo, si no quieres verte en la miseria. (...) ¡Me importa un pimiento que tu empresa llevara doble contabilidad! Si querías comprarte un coche nuevo haber pedido un crédito, te lo dije entonces y te lo rep... (...) ¡Pienso restregártelo por las narices las veces que haga falta! (...) Oye, no te pongas chulito conmigo, ¿eh? ¿¿Qué culpa tengo yo de que me echaran de la editorial?? (...) ¿Pero qué dices? ¡No lo compares, yo cumplía como el que más, si no llega a ser por la reducción de plantilla, habría ascendido a jefa de departamento, y entonces...! (...) ¡Tú sí que eres un inútil! Ya me lo decía mi madre: “nena, no te cases con ése, no te cases con ése, que...”

(Se interrumpe)

¡Oye, Jorgito, cuelga el supletorio y vuelve a la mesa, que estamos hablando de cosas de mayores! (...) ¡Qué va, hijo, no estamos discutiendo! ¿De dónde sacas eso? *(se oyen disparos lejano)*

nos). Estamos... ensayando una obra de teatro, que ya sabes que a mamá le gusta mucho. (...) ¿Qué cuándo la representaremos? Pues... no sé, un día de estos. (...) Eh... Sí, Jorge, sí, yo soy la protagonista. (...) No, tú no podrás ir ... es sólo para mayores. Bueno, cuelga ya, hijo, y termina de cenar. (...) ¿Que se han quemado? (...) ¡Pero si te he dicho que les quitaras el envoltorio! Un momento, ¿qué es ese ruido? (...) ¿Desde el armario? Dile a Bego que se ponga ahora mism-

(Se corta)

¿Jorge? ¿Paco? ¿Me oís?

(Cuelga, contrariada)

¡Mierda!

(Tira al suelo, con rabia, el muñeco de "Monstruos S.A.")

No puedo más...

(Guarda el móvil, abatida. Empieza a pasear, nerviosa. Para sí)

Tranquila, Berta, tranquila. Todo irá bien.

(Va hacia la ventana, respira hondo. Se tranquiliza. Mira su reloj)

Y éste sin venir.

(Mira por la ventana. Pausa)

Esto es un paisaje dantesco. Está todo en ruinas y no hay un alma. ¡Y pensar que por aquí circulaban tranvías, y había gente

paseando y mirando escaparates y tomando helados en terrazas! ¿Alguno de ustedes estuvo aquí antes de la guerra?

(Silencio. Soñadora.)

Yo sí. Pasé mi luna de miel. Esas ruinas donde los señores Garcés se han hecho una foto, hace tiempo fueron el Hotel Europa. 4 estrellas. Nosotros nos hospedamos ahí. Quiero decir mi marido y yo. *(Pausa. Soñadora)* En esa época nos reíamos mucho, nos mirábamos a los ojos sonriendo, se nos iluminaba la cara sólo con vernos uno al lado de otro en la cama, cuando nos despertábamos... Nos escribíamos poemas, hacíamos proyectos... Estábamos de acuerdo en casi todo, incluso cuando decidimos pasar nuestra luna de miel aquí. *(Pausa. Mira por la ventana. Soñadora)* Hace 10 años, en esta misma ciudad, el murmullo y las risas de la gente en la calle te adormecían, había flores por todas partes, en portales, en balcones, en aceras, en los coches, en los ojales de la ropa, incluso en los lavabos.

(se oyen ruidos lejanos de bombardeos)

Llegué a pensar que los habitantes de la ciudad eran como abejas, y que de noche adoptaban su apariencia animal e iban a libar las flores, su auténtico alimento. Y que de día comían asados, pizzas, pasta, hamburguesas, sopas, guisados... sólo por guardar las apariencias. Paco me escuchaba atentamente, y decía que tal como lo contaba, parecía sacado de un cuento. *(Pausa. Suspira)* Si te detenías a mirar el plano de la ciudad con cara de estar perdido, se te acercaba un enjambre y entre todos te indicaban el camino, algunos hasta insistían en acompañarte. Una vez nos acompañó un grupo de 20 hasta una farmacia porque a mí me dolía la cabeza y quería comprar aspiri-

nas. Paco no se cansó de darles las gracias y hasta les dio nuestro teléfono y nuestra dirección. *(Se oyen ráfagas lejanas de ametralladora. Pausa. Suspira.)* Sí, ya ven: un enjambre alegre, educado y atento. No entiendo cómo han podido llegar a esto. No queda nada que me recuerde a esos días de mi luna de miel.

(Absorta y triste)

Nada.

(Silencio)

Qué extraño es todo.

(Se queda mirando por la ventana, absorta. Suspira y vuelve a mirar el reloj.)

Eso sí, siguen siendo igual de impuntuales.

(De repente, a espectador)

Don Bernardo, no me insulte que yo no tengo la culpa. Oiga, no me ponga esa cara de besugo que no me chupo el dedo, ¿eh? ¡Sé perfectamente que me ha insultado por lo bajo, no disimule! Vamos, suba aquí arriba, si es hombre, y díganos a todos en voz alta lo que le estaba diciendo a su amante. ¡No se ponga colorado! ¿Qué pensaba? ¿Qué no me he dado cuenta? ¿De verdad creía que me iba a tragar que es su sobrino? ¡Pero si les he visto haciendo manitas en el hotel por debajo de la mesa y morreándose en la parte trasera del autocar!

(a Doña Esperanza, subiendo la voz y gesticulando)

Amantes, señora Esperanza. He dicho “amantes”. Y no es que yo tenga nada en contra, pero me fastidia que ese tío luego vaya por ahí hablando de moral y criticando a todo el mundo. ¡A todo el mundo! ¡Menudo hipócrita! (*se oye ruido lejano de bombardeos*) Y ya que estamos sacando los trapos sucios, Don Bernardo no se diferencia mucho del resto. ¿o se creen que no me he dado cuenta de cómo me miran cuando me como el pollo con las manos, o cuando pelo mal el marisco, o cuando me pongo mi perfume, que ya sé que no es tan caro como el de la mayoría de las señoras que hay aquí. ¡Pero es el que tengo! ¿Comprenden? ¡A mí también me gustaría usar Chanel número 5 hasta para perfumar el váter! Pero no me lo puedo permitir, ¿entienden? Yo no estoy aquí por placer, como ustedes, ni me puedo permitir gastarme una fortuna en un viaje como éste, ni disfruto viendo campos de concentración ni marranadas de ésas, estoy aquí por trabajo, ¿entienden? ¡Para poder dar de comer a mis hijos! Y mientras ellos están en casa quemando canelones en el microondas, tirándose del armario y haciendo los deberes yo tengo que pasearme por las alcantarillas del género humano, que son tan apestosas que ni las ratas ni los escarabajos pueden vivir en ellas. Y aún así me desvivo por ustedes. Miren:

(abre su dossier y saca unos papeles de su interior. Los muestra al público)

¿Saben qué es esto? ¡Un resumen de la historia de este país! Me lo preparé en casa, antes de empezar el viaje, y eso que nadie me lo pidió. Ya ven, en lugar de jugar con mis hijos, o de ayudarles a hacer los deberes, o de contarles un cuento antes de irse a dormir, me rodeé de volúmenes de enciclopedias, de folletos, me metí en internet, pregunté a amigos y conocidos, y todo para que ustedes se sintieran bien atendidos. ¿Pero saben que les digo?

(Rompe las hojas y las tira)

¡Que no se merecen el tiempo que perdí! ¡Ni mis hijos se merecen el tiempo que dejé de dedicarles por ustedes! Por cierto, Cárdenas:

(saca de su bolso unos calzoncillos y se los tira al espectador en cuestión)

¡Esto es tuyo!

(a espectador, muy enfadada)

¡Que le he dicho que no me grabe, Señor Gallardo! ¿A que se traga la cámara?

(Pausa. Mira al resto del público, asqueada)

Estoy harta. Harta de que me traten con esos aires de superioridad, estoy harta de sus quejas, de sus caprichos, de sus retrasos, de sus reclamaciones, de sus gustos morbosos, de... de las cosas asquerosas que tengo que hacer si me lo piden. Cuando empecé con esto hace unas semanas pensé “No está mal, Berta, es una manera de que la gente vea con sus propios ojos lo que sucede en el mundo y no tenga que tragarse las trolas que cuentan en televisión, hazlo, pon tu pequeño granito de arena para que las cosas vayan mejor y de paso gánate un buen sueldo ahora que te hace tanta falta”.

(Empieza a reír con amargura. Su risa se va apagando. Pausa)

Pero no. Al final mi granito de arena sólo se junta con los suyos para formar un gran desierto. A veces me dan ganas de rociar-

les a ustedes con el insecticida, y no a los bichos asquerosos que se pasean por aquí. ¿Qué placer encuentran en esto? ¿Eh? ¡Díganme!

(Se pasea entre los escombros, restos de muebles y de electrodomésticos que hay en escena)

Lo que hay aquí podrían encontrarlo en un vertedero a pocos kilómetros de su casa, ¿Por qué no han aprovechado el dinero que les ha costado este viaje para hacer un crucero por el Caribe, o para viajar a la Costa Azul o para...?

(De repente nota que un bicho le sube por el tobillo y grita)

¡Mierda! ¡Qué asco!

(Se lo quita de un manotazo, abre rápidamente su bolso, busca en su interior y saca el insecticida. Lo enfoca hacia el suelo pero no sale spray. Se quita un zapato rápidamente y empieza a golpear el suelo con él persiguiendo a un supuesto bicho que no se resigna a morir y buye. Finalmente se detiene en un punto y sigue golpeando el suelo.)

Uno menos.

(Saca un kleenex, limpia la suela del zapato con asco y se lo pone. Mientras lo hace, habla).

¿En lugar de matarse entre ellos, por qué no se ponen de acuerdo para terminar con estos bichos?

(Tira el kleenex y el bote de insecticida vacío al suelo. Se fija en una espectadora.)

No me mire así, Amelia, con todo lo que estamos viendo hasta ahora... ¿se va a escandalizar porque tiro un papel y un bote al suelo? ¿Qué quiere que haga? ¿Qué me acerque a alguna de las barricadas y le pregunte a un miliciano dónde hay una papele-
ra?

(Mira su reloj, contrariada. Mira a los espectadores y suspira, resignada).

Está bien, haré una llamada, a ver si saben algo.

(Marca un número en el móvil. Al teléfono.)

Señor Román, soy Berta, perdone que le llame a estas horas, pero es que aquí son las seis y media, está ya amaneciendo y el francotirador aún no ha llegado. ¿Sabe si sigue vivo? Porque si no, habría que llamar a un sustituto, que esta gente lleva un rato esperando y... (...) ¿Cómo? ¿Qué ha pedido más dinero? (...) No, si al final todos son iguales, y luego dicen que luchan por la patria y los ideales. ¡Ja! Por cierto, hablando de ideales, tuve que poner 300 euros de mi bolsillo para sobornar a un comisario político que quería retener a uno de nuestros clientes. (...) No, claro que no los pierdo de vista, eso jamás. (...) Sí, ya sé que sus vidas están en mis manos, pero... (...) Es que se saltó mis instrucciones a la torera y se puso a... (...) Por supuesto, claro que quiero conservarlo. (...) No se preocupe, no lo olvidaré, pero (...) Sí, sí, 300 euros. Y quería saber cuándo me los reembolsarán. ¿Al regreso, o me lo añadirán en la nómina, a final de mes? (...) ¿Cómo que no? Oiga, Señor Román, que ese dinero me hace mucha falta, y usted lo sabe. Si no no le habría pedido un adelanto para... (...) Pero es que... (...) Claro, claro, pero yo... (...) Por supuesto, pero póngase en mi... (...) *(disimulando su contrariedad)* Como

usted mande. (...) (suspira) Bueno, ¿y qué hacemos con lo del francotirador? ¿pedimos otro, ¿no? (...) Ah, ¿no hay presupuesto? (...) ¿Ah, sí? ¿Qué solución? (...) No creo, supongo que lo llevará encima, por la cuenta que le trae. (...) Vale, vale, no se ponga así. Un momento, que lo busco.

(Le hace un gesto obsceno al móvil y busca entre los trastos del escenario, apartándolos si es preciso. Encuentra un rifle con mira telescópica. Lo mira, extrañada. Al teléfono.)

Sí, ya lo he encontrado. ¿Por qué lo habrá dejado aquí? (...) ¿Hace un par de horas? ¿Y por qué?

(Silencio. Escucha, asustada.)

¿¿Qué?? No, Señor Román, no puede pedirme eso, una cosa es que haga de guía en este infierno y otra...

(La interrumpen. Nerviosa.)

¡Que no, Señor Román, que esto es muy fuerte, yo sería incapaz de... No puede pedirme que yo... Soy una persona decente, ¿entiende? Además, lo que pasa aquí no va conmigo, yo sólo estoy de visita, como quien dice. Hago mi trabajo como quien va a la oficina... bueno, al menos lo procuro. Mire, hasta ahora no ha tenido ninguna queja de mí, accedí incluso a hacer lo que me exigió... lo de... lo del trato especial a los clientes que lo solicitaran, trato sólo de pensar en mi comisión y punto, así que ya ve, yo cumplo con usted, cumpla usted conmigo. No puede exigirme de repente que yo...

(La interrumpen. Muy nerviosa)

¡No, se lo ruego, no me haga esto! ¡Tengo dos hijos pequeños y mi marido está en el paro desde hace tiempo, nos quedaríamos en la miseria! Mire, si quiere, cuando regrese, discutimos qué alternativas les podemos dar a los clientes si esto vuelve a pasar.

(Escucha. Asustada)

¿¿Pero qué dice?? ¿¿Retenerme el pasaporte?? ¡Está loco! ¡Ya sabe lo que significa ir indocumentada aquí! Terminaré en un campo de concentración, o me pegarán un tiro en el primer control donde me lo pidan. ¡Se lo ruego, Señor Román, no...!

(La interrumpen. Escucha. Llorosa)

Mire, no le prometo nada.

(Cuelga. Silencio. BERTA, abatida, mira el rifle que sujeta en la mano y mira a los espectadores largamente. De repente empieza a oírse el Adagio de Albinoni tocado en un solo de violoncelo. Se acerca lentamente a la ventana y observa. Pausa.)

No será ése... *(Pausa. Sigue observando)* ¡Pero si sólo es un viejecito que toca el violoncelo en mitad de la calle! ¿Qué tiene eso de malo? Es inofensivo.

(A los espectadores.)

Escuchen cómo toca. *(Pausa)* ¿A que lo hace bien? Y tiene su encanto, ¿no? Seguro... seguro que están pensando lo mismo que yo... No tendría ningún sentido hacer lo que me pide el Señor Román...Es absurdo... Miren, se me ocurre una idea: Po-

demos bajar y cuando termine le aplauden, le dan unas monedas, se hacen unas fotos con él y..

(Se interrumpe: mirando por la ventana se ha fijado en algo.)

Aunque es raro, no lleva ningún sombrero ni ningún bote, ni nada, para recoger las monedas que le echen. Además, ¿qué hace tocando a estas horas en la calle? No tiene sentido, es muy pronto, y la gente está escondida. *(Pausa)* Entonces... ¿por qué toca? *(Pausa. Pensativa)* ¿Quizá por todos nosotros?

(Se detiene, estudiando la reacción del público a sus palabras.)

Sí, ya sé que ustedes han pagado para ver otra cosa, pero por favor, no me obliguen a hacerlo. ¿No les basta con lo que ya han visto hasta ahora? ¿O con lo que verán los próximos días?

(Silencio.)

Miren, cuando vuelvan pueden contar en la agencia que lo hice y ya está, nadie se va a enterar, y así ese pobre hombre no...

(Mira al público. Implorante.)

Bueno, pues les doy otra opción: podría hacerlo cualquiera de ustedes, piensen que lo que les estoy ofreciendo es una oportunidad única, y sin suplemento adicional. Otras veces me han pedido, me han suplicado, poder poner ustedes mismos las minas anti-persona, o formar parte de un pelotón de fusilamiento, o cavar junto con los nativos las fosas comunes, y se lo he pro-

hibido terminantemente. ¡Aprovechen ahora esta oportunidad!
¡Es única! ¡No se volverá a repetir!

(Ofrece el arma a los espectadores. Les mira fijamente. Nadie se mueve. De repente mira al Señor Cárdenas, implorante)

Señor Cárdenas, esta vez... estaría dispuesta a hacer todo lo que me pida, no como anoche. *(Silencio)* Y al Señor Vázquez, y al Señor Álvarez... *(Silencio)* O a cualquiera que me lo pida... Y sin suplemento adicional...

(Silencio. Llorosa.)

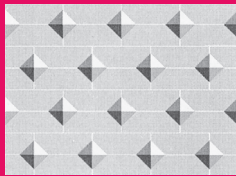
Hijos de puta.

(Se dirige lentamente hacia la ventana. El Adagio sigue sonando. Se sienta, apoya el rifle en sus rodillas y mira por la ventana. Saca el teléfono móvil y marca un número. Al teléfono, hundida:)

Bego, recuérdale a tu hermano que se tome las vitaminas.

(Cuelga y mira de nuevo por la ventana, abatida, dudando. La luz empieza a descender lentamente hacia el oscuro. No sabemos si disparará o no. Cuando llegamos al oscuro total, da la impresión de que ya no va a disparar. Silencio breve. De repente se oye un disparo. El Adagio de Albinoni deja de sonar abruptamente.)

FIN



PATRONATO DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA

